

Trabajo Fin de Grado

ACERCA DE LAS IDENTIDADES EN LA HISPANIA ANTIGUA.

Autor/es

Víctor Lambán Domínguez

Director

Francisco Beltrán Lloris

Facultad de Filosofía y Letras

2013/2014

ÍNDICE.

- INTRODUCCIÓN	3
-CAPITULO 1. SOBRE LA IDENTIDAD.	6
1. Aparición y difusión del término “identidad”	6
2. Dos perspectivas confrontadas: esencialismo <i>versus</i> constructivismo	7
3. La crítica de la “identidad”: Uso, abuso y algunas cuestiones teóricas	10
-CAPITULO 2. LAS IDENTIDADES EN EL MUNDO ANTIGUO.	16
1. Acerca del mundo griego: “ethnos”, etnicidad e identidad étnica	17
-CAPITULO 3. IDENTIDADES EN LA HISPANIA ANTIGUA.	20
1. ¿Qué identidades?	21
2. Las identidades colectivas en las sociedades indígenas: hacia un marco teórico.	22
2.1. La ciudad: un marco social indígena.	23
2.2. La etnia: en torno a la cuestión de la etnicidad o identidad étnica.	26
3. Las identidades romanas.	30
3.1. La identidad cívica: la comunidad cívica romana.	31
3.2. La identidad provincial: la división de Hispania en provincias.	34
3.3. La identidad imperial: la cohesión en la figura del <i>princeps</i> .	37
3.4. Hispania como referente identitario.	38
-CAPITULO 4. DOS EJEMPLOS DE IDENTIDAD EN LA HISPANIA ANTIGUA.	42
1. Las identidades de los fenicios del Extremo Occidente.	42
2. Celtíberos y Celtiberia.	47
-CONCLUSIONES	51
-BIBLIOGRAFIA	53

INTRODUCCIÓN.

En el mundo que vivimos es difícil no escuchar o bien pronunciar cada día la palabra “identidad”. Este término de acuñación relativamente reciente se ha incorporado en nuestro léxico cumpliendo la función de afirmar la concepción que una persona tiene de sí misma o que un grupo o colectivo tiene sobre sí mismo frente a otros individuos/grupos. En los últimos años, la “identidad” ha tenido un especial protagonismo, haciéndose eco tanto en fenómenos actuales (globalización, mestizaje...) como en cuestiones del mundo antiguo donde se han elaborado nuevos enfoques al respecto.

El presente trabajo tiene como objetivo presentar un estado de la cuestión sobre de las identidades en Hispania Antigua. Para ello he articulado el trabajo en dos apartados generales, la “identidad” como concepto general y las identidades en el mundo antiguo, este último dividido a su vez en varios capítulos.

En el primer capítulo he abordado la “identidad” como concepto general mostrando su aparición, su difusión y su estructuración a partir de las perspectivas esencialista y constructivista. Por otro lado he comentado la controversia sobre el término que ha conducido a autores a criticar la “identidad” como concepto útil en el análisis social y político y que a consecuencia de ello, han elaborado teorías que ofrecen una reconceptualización del término, como es el caso de los Estudios Culturales o bien han negado su validez teórica, como se da en el caso de Brubaker y Cooper en su artículo “Mas allá de la identidad” (2005).

En el segundo capítulo he tratado la identidad en el mundo antiguo. Para ello me he centrado en estudios recientes sobre la etnicidad en el ámbito griego, como es el caso de Jonathan Hall y su obra *Ethnic identity in Greek Antiquity* (1997), que parte de la llamada tesis instrumentalista. Esta perspectiva ha caracterizado la identidad étnica como una construcción social, percibida subjetivamente y dependiente de una sociedad concreta en un momento concreto.

En el tercer capítulo he ilustrado estas reflexiones más generales con algunos ejemplos de las identidades en la Hispania Antigua. Para este aspecto he visto necesario presentar dos realidades: las sociedades indígenas y las identidades romanas. Para el primer caso he comentado el problema que presenta este ámbito debido a la falta de un discurso intrínseco que pueda plasmar la concepción que estas comunidades tenían de sí mismos. Esta cuestión ha llevado a historiadores, como Francisco Beltrán, a plantear la cuestión de las identidades a partir del inicio de la conquista romana (218 a.C.) que es cuando disponemos de fuentes

escritas, como los testimonios de autores clásicos, las monedas y las inscripciones. Este aspecto queda reflejado en su artículo “*Nos Celtis genitos et ex Hiberis*. Apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia.” (2004a) que ofrece una visión acerca de las identidades en las sociedades indígenas de Celtiberia. Para el segundo caso, en cambio, he tratado de reflejar cómo a la hora de abordar las identidades romanas disponemos de un discurso que permite articular marcos referenciales que fueron fundamentalmente cívicos. Además de los referentes cívicos, he señalado otro tipo de referentes identitarios como el propio emperador, la provincia e incluso la noción de Hispania.

El cuarto capítulo lo he reservado para mostrar ejemplos dentro del marco de la Hispania Antigua. Para ello, he dispuesto dos ejemplos: los “fenicios occidentales” y la Celtiberia. En el primer ejemplo se han examinado sobre todo con qué referentes podemos contar para este pueblo. El segundo, por su parte, se ha centrado en la cuestión etimológica y el origen del término “celtíbero” así como el análisis de las razones por las cuales se acuñó el término.

En lo que se refiere a la bibliografía he utilizado sobre todo artículos especializados procedentes de obras colectivas, de revistas y, en menor medida, de libros.

Son destacables dentro del primer capítulo el artículo de Eduardo Restrepo “Identidades: planteamientos teóricos y sugerencia metodológicas para su estudio” (2007) que ofrece un marco teórico constructivista de las identidades a partir de planteamientos como los de Stuart Hall en su artículo “Introducción: ¿Quién necesita “identidad”?” (2003).

Para las cuestiones del segundo capítulo, aparte de la obra de Jonathan Hall, he visto interesantes los planteamientos de M^a Cruz Cardete en “*Ethnos* y etnicidad en la Grecia Clásica” (2004) y en *Paisaje, identidad y religión. Imágenes de la Sicilia antigua* (2010), que ofrecen reflexiones sobre la etnicidad en la Antigua Grecia.

Por otro lado, en el tercer capítulo además del ya mencionado trabajo de Francisco Beltrán, son destacables otros artículos suyos como “Identidad cívica y adhesión al príncipe en las monedas municipales hispanas.” (2002) que muestra un análisis de las identidades romanas en base a las monedas, “...*Et sola omnium prouinciarum vires suas postquam victa est intellexit*. Una aproximación a Hispania como referente identitario en el mundo romano” (2011) para el caso de Hispania como referente identitario. Otros artículos destacables son “Pueblos enfrentados a Roma e identidad: El caso de los celtíberos” (2013) de Pilar Ciprés para el caso de las identidades de la Celtiberia, y “La Bética como referente identificador en la

documentación epigráfica.” (2011) de Antonio Caballos para el caso de la identidad provincial.

En el cuarto capítulo han sido esenciales en la cuestión de los fenicios occidentales los artículos de Eduardo Ferrer y Manuel Álvarez: “Comunidad cívica e identidad en la Iberia púnica” (2009) e “Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial” (2009). Mientras que para la Celtiberia, aparte de los ya mencionados artículos de Beltrán (2004a) y Ciprés (2013) también es interesante el artículo “Polibio, Fabio Píctor y el origen del etnónimo “celtíberos”” (2005) de Julian Pelegrín que indaga acerca del origen del término celtíberos.

Por último, cabe añadir que este trabajo se ha centrado, dentro de la Hispania Antigua, en la Celtiberia y el Valle Medio del Ebro así como en la zona de colonización fenicia por tratarse de dos de los ámbitos peninsulares mejor estudiados.

CAPITULO 1. SOBRE LA IDENTIDAD.

Empezaremos por una valoración acerca del concepto de “identidad”. Para definir “identidad”, podemos partir del *Diccionario de la Real Academia Española*:

La primera acepción que recoge (“Cualidad de idéntico”) alude al significado tradicional que ha tenido el término a lo largo de su historia, manifestando la cualidad de uno de ser lo mismo y, por otro lado, relacionándose con la palabra latina *idem* de la cual proviene.

La segunda acepción dice: “Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás.” En esta afirmación encontramos uno de los aspectos más importantes de las identidades y muy comentado dentro de los estudios sociales sobre todo desde la perspectiva constructivista de la que hablaré más adelante: la diferenciación de unos frente a otros. En este sentido, se da entender cómo la identidad surge a través de la afirmación de unos rasgos que tiene un individuo o un grupo respecto de los que puedan poseer otros individuos o grupos.

La tercera acepción muestra un detalle interesante. Califica la identidad como la “conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás.” Esta acepción, de carácter más individual, hace referencia a la percepción por parte de un individuo de una serie de rasgos que le diferencia de los demás y que, en definitiva, constituye la base de lo que es la identidad o identidades.

1. Aparición y difusión del término “identidad”.

Tradicionalmente la “identidad” había estado relacionada con cuestiones de índole filosófica, pero no es hasta en los años sesenta del siglo XX cuando surge como un concepto aplicado al análisis social y político. La popularización de la palabra “identidad” se inicia en Estados Unidos a partir del trabajo del psicoanalista Erik Erikson¹. Este autor, a través de su obra *Identity: Youth and Crisis* (1968), tomó el término del contexto psicoanalítico que ayudó a otros autores a ligarlo a estudios de índole sociológica (Brubaker y Cooper, 2005: 179-180).

Los autores que han tratado la cuestión se han preocupado por las razones que han llevado a la rápida difusión del concepto de “identidad” a partir de las reflexiones de Erik Erikson. Brubaker y Cooper (2005: 180-181) hacen referencia por un lado al carácter

¹ Acerca de Erik Erikson y el desarrollo del concepto de identidad son interesantes las reflexiones de Gleason (1983) y Brubaker y Cooper (2005) a partir de este último.

individualista de la población americana y por otro al surgimiento de movimientos étnicos como el de los *Black Panthers* que sirvieron como modelo a Erikson, estableciendo una “cultura comunitaria” en base a argumentación de que la “identidad” es un proceso localizado “en el corazón del individuo” pero también “en el corazón de su cultura comunitaria”². Balakrishnan (2002: 128), en un artículo acerca de Lutz Niethammer, un historiador que aborda las identidades colectivas, refleja la crítica que éste hace de Erikson afirmando que trataba de establecer modelos de actuación positivos para los Estados Unidos. Hobsbawm (2000: 116), por su parte, subraya la necesidad de los partidos políticos estadounidenses de ver constituidos grupos de identidad para ganar ventajas políticas, y estos grupos a su vez adquirir lo que llama una discriminación positiva. Este aspecto es lo que algunos autores han definido como “política de identidad o identitaria” (Brubaker y Cooper, 2005: 206).

Sea como fuere el término “identidad” a través de los ensayos de Erikson comenzará a tener una importancia no sólo en el análisis social y político sino también en otros ámbitos como el léxico periodístico.

2. Dos perspectivas confrontadas: Esencialismo versus Constructivismo.

La “identidad” como concepto en el análisis social y político ha estado comúnmente asociada a dos perspectivas contrapuestas: la esencialista y la constructivista.

La perspectiva esencialista o esencialismo, parte de la idea general de que las identidades están forjadas a partir de criterios objetivos como pueden ser la lengua, la religión, la costumbre... Asimismo estas identidades serían caracterizadas como homogéneas y permanentes en el sentido de que mantendrían un principio de inmovilidad en los diferentes contextos históricos. De esta manera, la aproximación a las llamadas identidades colectivas partiría de atributos entendidos como características naturales, psicológicas... que compartirían una serie de individuos, que por ello, constituirían una comunidad o colectividad (Chihu y López, 2007: 126). Esta perspectiva, como afirma Grossberg, busca establecer un origen o experiencia universalmente compartidos (2003: 151).

El esencialismo se enmarca en el desarrollo teórico del nacionalismo, donde los criterios objetivos permiten sustentar la idea de nación. En este aspecto, las teorías de Hobsbawm (1998, 2002) y Anderson (1993) acerca del nacionalismo permiten aclarar cómo se ha reflejado esta relación esencialismo-nacionalismo. De este modo, Hobsbawm recalca que los

² Acerca de esta frase, Erikson quería mostrar la personalidad de cada individuo, así como su afirmación dentro del estatus o rol que desempeñe dentro de una comunidad (Gleason, 1983: 914).

intentos por establecer criterios objetivos de nacionalidad basados en la lengua, la etnicidad, la historia común, el territorio común o los rasgos culturales han fracasado debido a que han sido expuestos como referentes de permanencia e universalidad (1998: 14). Así, la nación es concebida como una construcción creada dentro de un periodo histórico concreto (y generalmente reciente) y la invención sería el método que permite realizar este proceso (Hobsbawm, 1998: 18). En este aspecto, Hobsbawm habla de las tradiciones inventadas, aquellas que presuponen una serie prácticas de carácter simbólico o bien ritual, que a través de la repetición tratan de mostrarnos unos valores y comportamientos (2002: 8). Estas prácticas implican una continuidad y una conexión con un pasado histórico (en este caso conveniente) que le dé coherencia, en una relación que en palabras del autor “es en gran parte ficticia” (Hobsbawm, 2002: 8).

En la misma línea de Hobsbawm se sitúa Anderson (1993). Este autor afirma que la nación es “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1993: 23). A través de esta frase Anderson introduce el concepto de “imaginación” en relación al de “invención” de Hobsbawm en el sentido de la comunidad que ha ido creando o más bien imaginando toda una serie de conceptos que sustenten a la nación³.

A propósito del desarrollo de la perspectiva constructivista o constructivismo debemos de tener en cuenta el contexto del llamado Posmodernismo y del surgimiento de los Estudios Culturales, que veremos más adelante en profundidad, con autores como Lawrence Grossberg (2003) o Stuart Hall (2003).

La perspectiva constructivista o constructivismo⁴ concibe las identidades como construcciones sociales, múltiples, cambiantes o fluidas, discursivas, relacionales, percibidas de manera subjetiva... De esta forma, el constructivismo entiende la construcción social de la identidad como una negociación basada en principios culturales y en el contexto dominante para cada caso (Chihu y López, 2007: 126). Al respecto de su multiplicidad, atiende al hecho de comprender las identidades como un conjunto de articulaciones en las que se relaciona el

³ Para ello Anderson se vale de cuatro conceptos: 1) La nación es *imaginada* puesto que todos sus miembros nunca llegarán a conocerse, pero entre ellos desarrollan una imagen de comunión. 2) La nación se imagina *limitada* porque se encuentra delineada por fronteras. 3) La nación se imagina *soberana* puesto que en el contexto de su nacimiento (Ilustración y Revoluciones liberales) había ocupado el espacio dejado por el Antiguo Régimen, y de este modo la idea de nación había quedado manifestada mediante la justificación de que toda nación debía de ser libre y el Estado soberano debía de ser el garante de dicha libertad. 4) La nación se imagina una *comunidad* en el sentido de fraternidad, es decir, un compañerismo profundo que permite crear este colectivo (Anderson 1993: 23-25).

⁴ Esta caracterización ha sido explicada satisfactoriamente por Restrepo a través del artículo “Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio.” (2007) a partir de los planteamientos realizados por los Estudios Culturales.

individuo, de esta manera el género, la generación, la clase, lo étnico, lo cultural... se revelan como aspectos a los que pueden hacer referencia estas identidades (Restrepo, 2007: 26). En cuanto a su condición de cambiante o fluida, se entienden las identidades como construcciones históricas que se encuentran en continua transformación, siempre atendiendo a los contextos, que establecen un ritmo para cada una de ellas (Restrepo, 2007: 25-26). En lo referente a su carácter discursivo, las identidades se constituyen a través de un discurso y permiten establecer no solo percepciones y pensamientos sino también las experiencias, las prácticas y las relaciones (Restrepo, 2007: 27). Por último su carácter relacional tiene que ver con la formación de las identidades a partir de la diferencia, en otras palabras, las identidades surgen de una dialéctica entre un “nosotros” respecto a “otros”, una relación de alteridad (Restrepo, 2007: 25).

Así, el constructivismo se establece en oposición al esencialismo a través de la crítica sistemática de este último. Por otro lado, esta perspectiva ha permitido estructurar, como he afirmado antes, las identidades en diferentes tipos como pueden ser la identidad de género, identidad étnica o en el caso que Chihu y López ilustran con la obra de Alberto Melucci: los movimientos sociales⁵.

Como conclusión, Bauman, uno de los teóricos más importantes del fenómeno llamado como posmodernismo, en un artículo sobre las identidades explica mediante un discurso elocuente y metafórico cómo se entendía la identidad en la modernidad y en el mundo posmoderno:

“En el caso de la identidad, como en otros, la palabra comodín de la modernidad fue «creación»; la palabra comodín de la posmodernidad es «reciclaje». O bien podemos decir: si el «medio que era el mensaje» de la modernidad era el papel fotográfico (piénsese en los álbumes familiares en incesante aumento, cuyas páginas amarillentas describían una tras otra la lenta acumulación de sucesos generadores de una identidad, irreversibles e imposibles de borrar), el último medio posmoderno es la cinta de video (eminentemente borrrable y reutilizable, calculada para no guardar nada para siempre, que admite los sucesos de hoy con la única condición de borrar los de ayer y rezuma el mensaje universal de que todo lo considerado digno de grabarse lo es «hasta nuevo aviso»)” (Bauman, 2003: 40-41).

⁵ Alberto Melucci fue un sociólogo italiano que analizó desde la perspectiva constructivista las identidades colectivas dentro de los fenómenos de los movimientos sociales y la acción colectiva. En este artículo de Chihu y López (2007) se analizan aspectos relacionados con su marco teórico.

3. La crítica de la “identidad”: Uso, abuso y algunas cuestiones teóricas.

El uso del término “identidad” quedará en cierto modo cuestionado por su frecuente aparición en estudios de toda índole. Brubaker y Cooper ya en los mismos años setenta habían manifestado una opinión negativa acerca del uso común del término “identidad” en diversos estudios. Estos estudios, calificados por los autores de heterogéneos, se centraban ámbitos que iban desde la CIA, Chevrolet, hasta los grupos de consumidores japoneses (Brubaker y Cooper 2005: 181). Hall, por su parte, comenta bajo el concepto de “explosión discursiva” cómo la identidad había sido manifestada en diversos estudios y por otro lado cómo había aparecido en interminables debates acerca de su concepción como término. En este sentido y de acuerdo con la idea de que la identidad debe de ser reconducida a otros planteamientos, el autor se pregunta: “¿Qué necesidad hay, entonces, de otro debate más sobre la “identidad”? ¿Quién lo necesita?” (Hall, 2003: 13).

De esta manera, Hall y los Estudios Culturales han criticado el término “identidad” para conducirlo o “reubicarlo” en un nuevo marco teórico; mientras que Brubaker y Cooper (2005) con una postura más crítica, plantean la “identidad” como un concepto nulo teóricamente y que debe de ser sustituido por nuevos conceptos que puedan ser más claros y que impliquen menos carga teórica que el de “identidad”.

Hobsbawm (2000) en una conferencia sobre la política de identidad y la izquierda planteó unas reflexiones que son interesantes a la hora de analizar las identidades colectivas, ya que manifestaba los problemas que podían surgir a través del uso de la identidad, en este caso dentro de la política. En dicha conferencia el autor llama la atención sobre cuatro puntos básicos, de los que me centraré en dos: la multiplicidad de la identidad y la condición cambiante de las identidades. En el primer punto Hobsbawm afirma que la identidad es múltiple ya que cada uno puede combinar varias identidades y no existe nadie que tenga una única identidad. Ahora bien, al respecto de esta condición Hobsbawm señala que la política de identidad utiliza una de estas identidades para determinar la acción política, por ejemplo: “ser catalán si se es un nacionalista catalán” (2000: 118). El otro punto hace referencia a la capacidad que tiene el contexto de cambiar la identidad, o bien la capacidad que tiene la identidad de adaptarse al nuevo contexto. En este sentido es interesante otro de los ejemplos que menciona Hobsbawm:

“O pensemos en el caso de Pater, el erudito en lenguas clásicas, alemán y protestante, catedrático de Filología clásica en Londres, que descubrió repentinamente, una vez Hitler en el poder, que tenía que emigrar porque, de acuerdo con los criterios nazis, en realidad era judío, hecho que hasta entonces ignoraba. Como quiera que se hubiera definido anteriormente, ahora tenía que encontrar una identidad diferente.” (2000: 119).

- **Los Estudios Culturales: Stuart Hall y Lawrence Grossberg.**

Los Estudios Culturales se encuentran ligados a fenómenos como el poscolonialismo, el posmodernismo, la globalización y la crítica a los nacionalismos. A partir de estos contextos, han planteando teorías acerca de colectivos marginados o dominados, como pueden ser las llamadas clases subalternas. De esta forma, los Estudios Culturales han tratado la identidad de estas clases subalternas así como de la construcción de las identidades dominantes. Al respecto de esta cuestión, voy a tratar a Stuart Hall (2003), a Lawrence Grossberg (2003)⁶ y a Eduardo Restrepo (2007) a partir de estos dos. Tanto Hall como Grossberg han manifestado la necesidad de reconceptualizar o bien reubicar el concepto de identidad hacia un marco teórico⁷.

Hall en su teoría sobre las identidades no parte de esencialismos donde se contemple un “yo” idéntico a lo largo del tiempo, es decir, de unos rasgos inmutables que generan una “unicidad” dentro de las comunidades (2003: 17). Al contrario, Hall habla de las identidades como un concepto fragmentado o fracturado; que se construye de múltiples formas a través de prácticas y discursos; y que está siempre en continuo proceso, cambio o transformación (2003: 17). De esta manera, dentro del contexto del mundo postcolonial y de la globalización, se genera el espacio donde el autor pretende reubicar el debate acerca de la identidad.

A partir de esta afirmación, he visto necesario llamar la atención sobre varios puntos:

Hall toma de Gilroy, a través de su libro *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness* (1994), la frase “lo mismo que cambia” que le permite hablar de las identidades como ese proceso en continuo cambio. De esta forma, las identidades se sitúan en

⁶ Hall (1996) y Grossberg (1996) son los principales teóricos que han tratado el tema de la identidad a través de los Estudios Culturales. Estos dos artículos están recogidos y traducidos al castellano en Hall, S. y du Gay, P. *Cuestiones de identidad*, Amorrortu, 2003.

⁷ En palabras de Grossberg: “Mi proyecto no consiste en negar el discurso identitario sino en reubicarlo, rearticularlo situándolo dentro del contexto más general de las formaciones modernas del poder. Mi intención es proponer la necesidad de que los estudios culturales trasciendan los modelos de opresión, tanto el “modelo colonial” del opresor y el oprimido como el “modelo de la transgresión” de la opresión y la resistencia.” (2003: 149).

un campo caracterizado por el devenir y no por el ser, es decir, que no se plantea un “quiénes somos” o “de dónde venimos”, más bien sería un “en qué podríamos convertirnos”, “cómo nos han representado” y “cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos” (Hall, 2003: 17-18). En este sentido, se refiere a que las identidades no se deben plantear en el origen si no en lo que va a ser, no están fijadas ni ancladas en un punto del pasado, sino que cambian constantemente⁸.

Hall habla de las identidades como una construcción dentro del discurso, es decir, que las identidades necesitan de un discurso para poder definirse. Al respecto Hall considera que esos discursos son producidos dentro de ámbitos históricos y contextos institucionales, donde dependían de una serie de estrategias específicas (2003: 18).

Por otro lado, Hall introduce el término de “afuera constitutivo”⁹, concepto que hace referencia a la construcción de las identidades a partir de la relación con “el Otro”, es decir, en base a la diferencia (2003: 19). El autor sitúa este concepto dentro del contexto de la realidad dominante donde se aprecia cómo, a través de la diferenciación, se establecen jerarquías basadas en la oposición del “otro”, que en este caso es el subalterno (2003: 18). Esta idea se ve visible en Grossberg bajo el concepto de *différance*, donde el autor destaca la relación entre la posición identitaria dominante y el subalterno, por la cual el primero necesita del segundo para poder justificarse¹⁰ (2003: 154). A partir de estos planteamientos, Restrepo habla del concepto de marcación, que hace referencia a una diferenciación más acusada dentro de un contexto dominante, en el que encontramos: identidades valoradas de forma positiva o no marcadas e identidades valoradas de forma negativa o marcadas (2007: 29). La relación entre estos dos tipos de identidad es la misma que ocurre entre el contexto dominante y el subalterno, donde encontramos lo normalizado que se justifica a partir de lo marginado. Para explicarlo Restrepo nos da un ejemplo dentro de la identidad de género, donde apreciamos una marcación de la mujer / lo femenino / lo homosexual en beneficio de términos normalizados en el contexto dominante como el hombre / lo masculino / lo heterosexual (2007: 29).

⁸ Para explicarlo, Hall utiliza un juego de palabras en inglés, en el que refleja que no se debe volver a las raíces (*roots*) sino aceptar los caminos (*routes*) (2003: 18).

⁹ Basado en la concepción de Derrida en cuya obra *Positions* (1981) habla acerca de las identidades concebidas como construcciones que parten de la exclusión de algo (Hall, 2003: 18).

¹⁰ Grossberg habla de dos maneras de concebir la *différance* una a través de colocar al subalterno fuera del campo de la subjetividad y en la otra dejándolo dentro de este campo como un “exótico constitutivo” (2003: 156).

Como última cuestión, Hall considera que las identidades constituyen un “punto de sutura” entre dos procesos el de sujeción y el de subjetivación (2003: 20). Restrepo al respecto, afirma que el primer proceso hace referencia a las posiciones del sujeto a partir del discurso y la práctica (mujer, joven, indígena); mientras que el segundo hace mención a la aceptación, rechazo o bien modificación de dicha posición. De esta forma a la hora de analizar las identidades hay tener en cuenta tanto la posición del sujeto en un contexto determinado como la articulación de las subjetividades respecto a dicha posición del sujeto (Restrepo 2007: 30).

Así, los Estudios Culturales, ven una necesidad de reformular las identidades reflejando su condición como proyecciones surgidas a partir de la diferencia con el Otro, en constante cambio, múltiples y basadas en el discurso y la práctica que junto con esa subjetivación (que acepta/rechaza/cambia) conduce, como he afirmado antes de Hall, a ese “punto de sutura” que identifica a las identidades.

- ***Beyond identity: Rogers Brubaker y Frederick Cooper:***

En el artículo de *Más allá de la identidad* (2005)¹¹ escrito por Brubaker y Cooper queda reflejada la idea de abuso de la “identidad” como concepto teórico, desde las perspectivas tanto esencialista como constructivista. Este planteamiento ha conducido a estos autores a buscar “otros términos menos ambiguos y menos sobrecargados de las connotaciones reificadas que comporta el término de “identidad”” (Brubaker y Cooper, 2005: 178).

Brubaker y Cooper realizan una crítica al constructivismo afirmando que esta perspectiva, en su intento por superar los postulados esencialistas, había provocado la proliferación de estudios acerca de la “identidad”, que motivaron a la pérdida de este concepto como valor analítico (2005: 181). En este sentido, los autores tienen como primer objetivo establecer dos tipos de categorías teóricas: la categoría de práctica y la categoría de análisis y por otro lado, plantear nuevos términos que puedan sustituir teóricamente al de “identidad”.

A propósito de las categorías de práctica y análisis, los autores afirman que hay una serie de conceptos como “nación”, “raza”, “etnicidad”, “ciudadanía”... que forman parte a la vez de la práctica social y política y del análisis social y político. La categoría de práctica, basada en la concepción de Bordieu, es aquella que tiene que ver con la experiencia social diaria mientras que la categoría de análisis tiene que ver con la experiencia social distante, es

¹¹ Traducción del original Brubaker y Cooper “Beyond ‘identity’”, *Theory and society*, nº 29, 2000, págs. 1-47. Estos autores mediante la publicación de este artículo darán un nuevo vuelco dentro del debate de la identidad.

decir, que en el primer término encontramos una práctica social cotidiana realizada por un individuo y en el segundo término, en cambio, hace referencia a quien analiza desde una posición distinta (Brubaker y Cooper, 2005: 183).

Por otro lado, Brubaker y Cooper, tratan de incorporar términos menos ambiguos que puedan sustituir, en el análisis social y político, al de “identidad”. Estos conceptos son: “identificación”, “autocomprensión”, “comunalidad” (*commonality*), “conexidad” (*connectedness*) o “grupalidad” (*groupness*).

El concepto de “identificación”, según los autores, forma parte de la vida cotidiana, es decir, se manifiesta en aquellas situaciones en las que un individuo debe de identificarse mediante una serie de características¹². Hay que recalcar, por otro lado, tres conceptos que derivan de éste: “autoidentificación” e “identificación externa” hacen relación a cuando un individuo se caracteriza a sí mismo y cuando un individuo caracteriza a los demás, y la “categorización” es aquella que utiliza la política dominante para dar identificaciones de carácter formal, codificado y formalizado. Este aspecto, relacionado con el Estado, nos revela la condición de este último como un poderoso “identificador” debido a su capacidad de nombrar y situar a los sujetos en redes clasificatorias o bien de manera directa a través de marcadores del individuo tales como: huella, firma o fotografía (Brubaker y Cooper, 2005: 193-194).

El concepto de “autocomprensión”, en palabras de Brubaker y Cooper, es “la concepción que se tiene de quién es uno, de su propia localización en el espacio social y de cómo (en función de las dos primeras) uno está preparado para actuar” (2005: 196). En este aspecto hablamos de que el individuo puede estar relacionado con categorías que pueden variar en diferentes modos, es decir, que la percepción de uno mismo puede variar con el tiempo y con las personas así como establecerse (Brubaker y Cooper, 2005: 196-197).

Finalmente, los términos “comunalidad”, “conexidad” y “grupalidad”, en opinión de los autores, son también susceptibles de poder sustituir al de “identidad”. Relacionados entre sí, la “comunalidad” muestra la compartición de un atributo común, la “conexidad” los lazos que unen a las personas entre sí y la “grupalidad” es aquella que a partir de estos dos términos crea un sentimiento de pertenencia a un grupo (2005: 198).

¹² En este aspecto, Brubaker y Cooper, señalan dos tipos de identificación: relacionales y categoriales. La primera se basa en una red relacional como puede ser una relación de parentesco (padre-hijo) y la segunda en una relación de categoría como puede ser la raza, etnia, lengua etc. (2005:193)

Como conclusión, la “identidad”, surgida en los años sesenta como un concepto aplicado al análisis social y político, ha sido estructurada tanto en una perspectiva esencialista, que ha atribuido a la identidad un carácter objetivo, homogéneo e inmóvil en los diferentes contextos históricos, como en una perspectiva constructivista que la ha caracterizado como construcciones sociales, percibidas de manera subjetiva, múltiples, cambiantes, discursivas... Por otro lado, la popularización de los estudios sobre la identidad, ha conducido a algunos autores a reconducir el término hacia un nuevo contexto relacionado con los fenómenos de poscolonización, globalización, etc., como hemos visto en los Estudios Culturales, mientras que otros autores como Brubaker y Cooper han preferido sustituir la complejidad teórica que implica la “identidad” por otros términos menos cargados teóricamente.

CAPITULO 2. IDENTIDADES EN EL MUNDO ANTIGUO.

La identidad en el mundo antiguo, al igual que sucede con el concepto general de identidad, ha sido objeto de estudio tanto de una perspectiva esencialista como constructivista. En este capítulo abordaré una de las cuestiones más estudiadas en relación al estudio de las identidades en el mundo antiguo: la etnicidad o la identidad étnica.

El concepto de etnicidad se convirtió en una cuestión clave dentro de los estudios sobre la identidad en el mundo antiguo a partir de los años ochenta y sobre todo noventa. A pesar de ello, autores como Cardete consideran que por muchos artículos y congresos que se hayan dedicado a la cuestión, la etnicidad se encuentra lejos de ser definida (2004: 17). En la actualidad en estos debates domina el enfrentamiento entre posturas instrumentalistas y diferentes escuelas de índole posmoderna como la Fenomenología o el Post-estructuralismo (García Fernández y Bellón, 2009: 113).

Dentro de los estudios de etnicidad encontramos autores como Jones cuya obra clave *Archaeology of Ethnicity* (1997) ha definido la etnicidad como “aquel aspecto de la auto-conceptualización personal que resulta de la identificación con un grupo más amplio por oposición a otros sobre la base de una diferenciación cultural percibida y/o una descendencia común”¹³. En su obra Jones trata de introducir las ideas de Bordieu¹⁴, destacado sociólogo post-estructuralista, para hacer énfasis en aspectos de la etnicidad relacionados con su carácter constructivo, subjetivo y de diferenciación entre comunidades. De esta forma criticaba los postulados esencialistas que provenían de autores como Kossinna¹⁵ que habían considerado a los grupos étnicos como entidades homogéneas y estáticas en los diferentes contextos históricos (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 224).

De esta manera dentro de la Arqueología y la Historia Antigua fueron abandonados, en cierto modo, los modelos esencialistas, calificados en este sentido de anticuados, e incorporados nuevos modelos que permitan analizar la etnicidad dentro de una perspectiva constructivista.

¹³ Jones, 1997: xiii (citado en Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 224).

¹⁴ Estas ideas parten del artículo de Bentley “Ethnicity and practice” (1987) que es el primero en relacionar la teoría de Bordieu con los estudios de etnicidad haciendo hincapié en aspectos como la percepción, el sentimiento de afinidad y la diferenciación, así como en la relación entre identidad étnica y estructura social (García Fernández y Bellón, 2009: 112).

¹⁵ Gustaf Kossinna fue un arqueólogo alemán que desarrolló teorías acerca la etnicidad bajo una perspectiva racista y progermana que dio pie a muchas teorías de la Alemania nazi. Sus métodos fueron ejemplo de algunos de los arqueólogos de posguerra en España. Al respecto de la cuestión en García Fernández y Fernández Götz (2010).

1. El mundo griego: “ethnos”, etnicidad e identidad étnica.

Al respecto de la etnicidad, son también destacables los planteamientos de la llamada tesis instrumentalista, que ha permitido, a través de su análisis del ámbito griego, el desarrollo de otros estudios en relación a la Historia Antigua.

Las tesis instrumentalistas, en palabras de Cardete, conciben la etnicidad como una “construcción interesada, una manera de consenso social que pretende solventar los conflictos sociales apelando a una solidaridad de grupo que ayude a mantener una postura específica frente a los otros, y que, al tiempo, refuerce la solidaridad interna, manipulando las tensiones sociales;” y además “dicha postura no niega la fuerza psicológica de la necesidad de pertenencia” (2004: 19), es decir, la necesidad que tiene el ser humano de vivir en grupo aceptando sus pautas de comportamiento o normas y de este modo asegurar su supervivencia.

Dentro de esta tesis son interesantes las ideas de Hall (1997) y de Cardete (2004, 2010).

Jonathan M. Hall ha tratado el tema de la etnicidad griega a través de su libro *Ethnic identity in Greek antiquity* (1997), una obra que revolucionó el concepto de etnicidad en la Historia Antigua. En esta obra son destacables varios aspectos. Para empezar Hall considera imposible aplicar una objetividad respecto del concepto de etnia, puesto que, la etnicidad es una construcción social percibida de manera subjetiva (1997: 19). Por otro lado, Hall afirma que las características genéticas, lingüísticas, religiosas o de cultura común no definen en última instancia al grupo étnico; por el contrario, el autor considera que el grupo étnico se define en virtud de los criterios relacionados con la vinculación a un territorio específico y con una común ascendencia¹⁶ (1997: 25). Estos dos criterios son los que el instrumentalismo estima como fundamentales a la hora de hablar de etnicidad.

¹⁶ Hall habla sobre Anthony D. Smith y su libro *The ethnic origins of nations* (1986), donde afirma que los grupos étnicos tienen seis características esenciales: un nombre colectivo; una ascendencia común; una historia compartida; una cultura compartida; una vinculación con un territorio específico; y un sentido de la solidaridad comunitaria. Sin embargo, para Hall, son destacables las características que hacen referencia a la vinculación con un territorio específico y la común ascendencia (1997: 25). Smith, experto en etnicidad y nacionalismos tiene una obra más reciente *The Cultural Foundations of Nations. Hierarchy, Covenant, and Republic* (2008). En esta obra considera (en concordancia con las ideas de su anterior obra) dos usos del concepto de etnicidad. El primero basado en los criterios de descendencia común e historia compartida y el segundo basado en tres niveles: 1) *ethnic categories*: comunidades que comparten algún rasgo en común pero que carecen de designación propia (un nombre que designe a la comunidad) y de descendencia y solidaridad común. 2) *ethnic associations* o *ethnic networks*: comunidades que comparten actividades sin establecerse como una unidad política pero que aun así cuentan con una designación propia y un mito de descendencia y solidaridad al menos entre las élites. 3) *ethnic communities*: comunidades con designación propia y autodefinidas a través de mitos de origen y memorias históricas compartidas, con elementos de cultura común y de solidaridad étnica; éste último más acorde con los planteamientos de Hall (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 224).

A su vez, Hall afirma que la identidad étnica se constituye a través de otras identidades étnicas y no son estáticas en el tiempo, sino dinámicas y fluidas (1997: 33). Además la identidad étnica, para el autor, se construye a través de un discurso que revele como la etnia se entendía así mismo, por esta razón, a la hora de analizarla, el discurso debe de ser el primer y el último marco de referencia (Hall, 1997: 182-184).

Cardete, siguiendo con las ideas de Hall, entiende la etnicidad como un proceso político en el que los sentimientos de los individuos son canalizados para crear modos de interpretar el mundo y a su vez crear instituciones que puedan mantener o desarrollar este mecanismo (2010: 128). Por otro lado, las situaciones que ponen en tensión o conflicto al grupo son las que hacen que estos mecanismos se definan con más intensidad, de este modo la guerra o carestía de alimento pueden ser dos de esas situaciones que la autora califica de “situaciones propicias” (Cardete, 2010: 128). La etnicidad, para Cardete, garantiza una realidad creada por un pasado reinventado siempre y cuando la comunidad crea en dicho pasado (2010: 129)

De esta manera, bajo estas tesis, se ha llegado a la conclusión de que el mundo griego no llegó a constituirse como un solo grupo étnico pero, en cambio, sí supo utilizar recursos étnicos en situaciones de conflictos basados fundamentalmente en su relación con “el Otro”. Ejemplo de ello lo encontramos en el famoso episodio de las Guerras Médicas donde los mecanismos de reelaboración surgen dependiendo del contexto. En este caso, la situación de enfrentamiento contra los persas provocó la creación de una imagen del persa como “el Otro”, el enemigo desconocido que atentaba contra las *poleis* del Egeo y a su vez propició la creación del término bárbaro tal y como lo conocemos y no como un individuo no hablante del griego (Cardete, 2004: 20).

A este propósito es reseñable un pasaje de *Historia* de Heródoto (HDT., VIII 144.) que nos revela un “ethnos” griego en contraposición de los bárbaros basado en las vinculaciones de consanguinidad, lengua, creencia religiosa y costumbres (Cardete, 2004: 23). A pesar de ello, en el contexto de las Guerras Médicas encontramos un panorama caracterizado por posiciones ambiguas y neutrales manifestadas por las *poleis* de Grecia Central, la Liga Aquea en el Peloponeso y la polis de Argos (que se negaba a entablar una alianza militar liderada por Esparta) y por otro lado, por Atenas, Esparta, la Liga del Peloponeso y otras *poleis* como Platea, Eretria, etc. que decidieron establecer una alianza (Cardete, 2004: 22). A raíz de este pasaje se ve claramente cómo se está utilizando varios recursos étnicos para apelar a una

unión contra “el Otro”, ya que como podemos comprobar no todas las polis estaban de acuerdo con los criterios mencionados por Heródoto¹⁷.

Por otro lado es necesario comentar otros dos aspectos relacionados con el mundo griego: los criterios de etnicidad y el propio término de “ethnos”.

Según las ideas de Hall, la etnicidad se sustenta en dos criterios: el ancestro común y el territorio específico. En el mundo griego, Cardete afirma que para el primer caso, nos encontraríamos con los antiguos linajes aristocráticos que suelen estar relacionados con héroes epónimos o fundadores como puede darse en el ejemplo de la familia de los Erecteidas vinculados con el héroe Teseo (2004: 18). En el segundo caso, la vinculación con la tierra materna hace referencia a que estas familias, a través de los héroes fundadores, habían convertido la naturaleza agreste en controlada, dotándola de sociedad (Cardete, 2004: 19).

A propósito de la cuestión del “ethnos”, los autores han considerado que es difícil de homologar el concepto de “ethnos” con el término de etnia que aplicamos en la actualidad. La razón de este argumento reside en la concepción que los propios griegos tenían sobre el concepto de “ethnos” donde situaban en éste varias acepciones¹⁸, aunque todas ellas se muestran generalmente como un concepto abstracto de unidad y cohesión.

¹⁷ El mismo Heródoto afirma que los espartanos utilizaban el término ξένο (extranjero) para referirse a todo aquel que no fuera ciudadano espartano, ya sea griego o bárbaro mientras que los atenienses sí que tenían esta distinción diferenciando a los que eran griegos pero no atenienses (ξένοι) y a los que no eran griegos (los βάρβαροι o barbaros) (Cardete, 2004: 23).

¹⁸ Cardete afirma que el término “Ethnos” lo aplicaban para algo que era genérico ya sea humano o animal, de esta forma, Homero lo emplea para hablar de comunidades de insectos, Esquilo para calificar a las Furias y las Erinnias de algo distinto a dioses y hombres, Píndaro para distinguir mujeres y hombres o bien por otro lado lo encontramos para designar aldeas en contraposición de las *poleis* (2004: 18).

CAPITULO 3. IDENTIDADES EN LA HISPANIA ANTIGUA.

Antes de centrarnos en este tema es necesario comentar cómo la perspectiva esencialista ha tratado la cuestión. El estudio de la Hispania Antigua en el siglo XIX y buena parte del XX ha estado marcado por una serie de tópicos que han favorecido la creación de una identidad nacional española en base a su carácter, su cultura, su tradición, su origen y su historia¹⁹. La mayoría de estos tópicos fueron gestados en el siglo XIX, de entre éstos destacan los episodios bélicos como el asedio de Numancia y Sagunto, Viriato o Sertorio o el análisis de sociedades indígenas como los íberos o celtíberos. Estos episodios fueron ensalzados para explotar el valor, la heroicidad y el patriotismo en contextos distintos como el desastre del 98 donde se conjugan con la visión decadente de España o al final de la Guerra Civil (1936-1939) donde al servicio del franquismo²⁰ son exaltados llegando a niveles exacerbados (García Fernández y Fernández Götz, 2010: 58 y ss.).

Dentro de esta cuestión me dispongo a citar tres ejemplos:

El primer ejemplo hace referencia a un pasaje citado en el artículo de Bellón y García Fernández (2009), de *Historia General de España* (1850-1867) obra de Modesto Lafuente y muy destacada en el siglo XIX. En dicho fragmento, según los autores, se dota de una conciencia al sujeto que se analiza:

“Así hablaría un *caudillo* íbero sobre los romanos: “No os fiéis, decían, de unos extranjeros que, con pretexto de abatir el orgullo de los cartagineses, vienen a quitaros vuestra libertad y a usurparos vuestros bienes. Así han venido antes los griegos, así los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantar después con el mando y ponernos una vergonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos del auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido a ellos son traidores a su patria y a su libertad” (Bellón y García Fernández, 2009: 54).

El segundo ejemplo es un fragmento, citado en Burillo (1998), de los *Fontes Hispaniae Antiquae* iniciados por Adolf Schulten. Este fragmento, según Burillo, hace referencia al concepto de raza y a cómo los historiadores de principios del siglo XX analizaron las fuentes de manera literal:

¹⁹ La perspectiva esencialista dentro de los estudios de los pueblos prerromanos y en especial de la Andalucía prerromana se encuentra muy bien sintetizado en Bellón y García Fernández (2009).

²⁰ De la misma manera que ocurrió con otros regímenes totalitarios de principios del siglo XX, España había utilizado la visión de los pueblos prerromanos para la construcción de su “identidad nacional” a niveles radicales buscando la pureza de la raza y de los pueblos desde tiempos de la prehistoria hasta sus propios tiempos (Bellón y García Fernández, 2009: 77)

“Los íberos pertenecen a África, a la “raza mediterránea”, mientras los galos son Indogermanos. Los galos eran altos y bastos, con pelo rubio, ojos azules, color blanco. Los íberos, en cambio, eran bajos y magros y tenían tipo moreno.” (Burillo, 1998:124)

El tercer y último ejemplo es un fragmento de Martínez Santa-Olalla y su obra *Esquema Paletnológico de la Península Hispánica* (1946) recogido en García Fernández y Fernández Götz (2010). En este fragmento se manifiesta una concepción de la historia bajo la perspectiva franquista y ensalzando corrientes como el progermanismo y el panceltismo que hace considerar a los íberos como un sustrato hispánico dentro del celtismo:

“...esos llamados íberos no existen ni como raza ni como cultura. Lo que históricamente llamamos íberos y arqueológicamente cultura ibérica, ni es raza ni es cultura puesto que se trata de la misma etnia hispánica [...] los íberos son simplemente un sustrato hispánico incorporando un importante elemento céltico que había sido transformado por la influencia de Fenicios, Cartagineses y después los Romanos. La cultura ibérica no es más que la reacción del personalísimo genio hispano en respuesta a la influencia del mundo clásico” (García Fernández y Fernández Götz, 2010: 64).

En conclusión, estos postulados esencialistas quedan reflejados dentro del contexto de la época donde el análisis crítico y las perspectivas que se utilizan en la actualidad todavía no se habían desarrollado, manteniendo, de esta manera, una visión desenfocada de estas cuestiones.

1. ¿Qué identidades?

El estudio de las identidades de la Hispania Antigua puede plantear, a simple vista, un panorama bastante difícil de caracterizar. Para empezar, en el presente trabajo he distinguido dos ámbitos: las sociedades indígenas y Roma. Por otro lado, es necesario evidenciar aspectos como el género, la familia, etc. para hablar de una perspectiva más general, en referencia a las identidades colectivas.

Si partimos de las tesis constructivistas acerca de la identidad, podemos apreciar la ya comentada caracterización de las identidades como construcciones elaboradas a partir de un discurso intrínseco que permite establecer rasgos o elementos distintivos en un individuo/grupo respecto a otros individuos/grupos y por otra parte la condición de fluidez de la identidad que refleja su continuo desarrollo en función de los diferentes contextos. Cuando este modelo se traslada a las sociedades indígenas, no encontramos una plasmación de estas identidades por carecer de un discurso intrínseco que permita conocer cuáles son los elementos por los que esta comunidad se define en un momento dado. En cambio en el caso

romano, sí que encontramos estos testimonios que revelen las identidades que ellos mismos pudieron poseer.

En el estudio de las sociedades indígenas esta falta de un discurso intrínseco ha conducido a los investigadores de Historia Antigua a plantear otros marcos referenciales que puedan ofrecer una aproximación a estas identidades. En esta cuestión, Beltrán ha abordado aspectos relacionados con la identidad en la Hispania Antigua y en concreto los celtíberos como por ejemplo en su artículo “*Nos Celtis genitos et ex Hiberis*. Apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia” (2004a). En él, Beltrán ve necesario plantear el estudio de las identidades colectivas en las sociedades indígenas a partir de la conquista romana (218 a.C.) que es cuando se comienza a disponer de fuentes escritas. De estas fuentes destacan: las fuentes clásicas escritas por autores romanos o griegos que muestran una percepción externa de estas sociedades y las leyendas monetales y las inscripciones producidas a partir del siglo II a.C. por las propias sociedades indígenas bajo dominio de Roma. Mediante su análisis, Beltrán ha establecido dos marcos de referencia: la ciudad y la etnia (2004a: 101). Además, estas sociedades indígenas fueron integrando los referentes romanos y terminaron por asumir una identidad, la celtíbera.

En lo que respecta a Roma, el conocimiento de un medio discursivo intrínseco nos permite articular diversos marcos de referencia que, al menos hasta finales del siglo I a.C., fueron fundamentalmente cívicos (Beltrán, 2004a: 97). Junto a éste podemos encontrar otros referentes como el propio emperador, la provincia e incluso la noción de Hispania.

2. Las identidades colectivas en las sociedades indígenas: hacia un marco teórico.

Como he afirmado en el anterior apartado, el estudio de las identidades dentro de las sociedades indígenas plantea un problema de análisis debido a la carencia de un discurso que permita captar estas identidades y que en cualquier caso tendrían principalmente dos marcos sociales de referencia: la ciudad y la etnia.

El estudio de la etnicidad en España parte de una situación similar al comentado en el capítulo sobre las identidades en el mundo antiguo. A partir de los años setenta, a través de tesis como las de Caro Baroja, el término “tribu” y sus articulaciones en base al parentesco fueron desplazados en favor de otros como “pueblo” o “etnia” (Beltrán, 2004a: 101). En los años ochenta y sobre todo en los noventa y los dos mil, se produjo lo que ciertos autores han denominado “revitalización étnica”, una corriente crítica con los postulados anteriores que ha

elaborado nuevos enfoques en estudios acerca de la etnicidad en áreas peninsulares y en etnias mencionadas en las fuentes clásicas²¹.

Por otro lado, la incorporación al modelo de ciudad clásica fue gracias al descubrimiento de documentos como la *Tabula Contrebiensis* que como veremos más adelante permitió establecer la ciudad como una realidad dentro de las sociedades indígenas (Beltrán, 2004a: 102).

3.1. La ciudad: un marco social indígena.

La ciudad es un marco social y político muy presente en las sociedades indígenas como se desprende del análisis de fuentes clásicas, inscripciones y leyendas monetales. Así se deduce el papel de la ciudad como interlocutor básico de Roma, como ceca monetar, como firmante de un pacto de hospitalidad, por la existencia de instituciones propias de gobierno o como *origo* de un individuo (Beltrán 2004a: 102).

Las fuentes clásicas reflejan la condición de la ciudad como interlocutor de Roma²². En este aspecto, las ciudades, a partir del comienzo de la conquista romana de la península (218 a.C.), aparecen en las fuentes clásicas como aquella que entra en guerra con Roma o bien que pacta o pide la paz a ella. Para el caso de los celtíberos, las ciudades tuvieron mayor protagonismo dentro del episodio de las Guerras Celtibéricas o la “Guerra de Fuego” (como la denominó Polibio). Así se comprueba en el pasaje de Polibio (PLB. XXXV, 2) acerca de la embajada celtibérica enviada a Roma en el 152 a.C. donde fueron primero diferenciados por etnias y más tarde al entrar al senado fueron introducidos *katá pólin*, es decir, “por ciudades” (Beltrán, 2004a: 102).

Las monedas, por su parte, muestran a la ciudad como ceca monetar. La importancia de estos documentos reside en las leyendas monetales y en los motivos iconográficos que constituían elementos que podían mostrar o evidenciar rasgos identitarios propios de la comunidad emisora (Beltrán, 2004a: 117). De esta manera nos encontramos en época republicana toda una serie de cecas situadas en diferentes ámbitos de la Península Ibérica

²¹ En este aspecto son destacables: el estudio editado por Cruz Andreotti y Mora Serrano *Identidades étnicas-Identidades políticas en el mundo prerromano hispano* (2004) del que varios artículos han sido tratados en el presente trabajo; el editado por Wulff y Álvarez, *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana* (2009) para el caso de Andalucía y, por último, el artículo de García Fernández y Fernández Götz (2010), que ofrecen un estado de la cuestión de la etnicidad.

²² “La ciudad es la realidad dominante para los historiadores clásicos, que señalan su existencia política y urbana ya en la campaña anibállica y vaccea de 220 a.C. y la presentan como interlocutor básico de Roma a lo largo de toda la conquista.” (Beltrán, 2004a: 102). Además en las fuentes clásicas en su gran mayoría aparecen mencionadas mediante los términos *oppidum* o *πόλις* (Ciprés, 2013: 271).

donde las sociedades indígenas plasman unos tipos u otros reflejando dichos rasgos identitarios.

Las leyendas monetales presentan el nombre de una ciudad emisora. Estas leyendas muestran una serie de pautas lingüísticas dentro de la Península Ibérica durante la época republicana. En Hispania Ulterior encontramos una predominancia de rótulos escritos en latín aunque también se aprecia el púnico en la zona de colonias fenicias como *Gadir*, *Sexi*, *Malaka*. En la Hispania Citerior a excepción de algunos casos como la colonia latina de *Valentia* que acuñó en latín o la ciudad de *Emporion* que lo hizo en griego, los rótulos fueron escritos en las lenguas vernáculas como: ibérico, celtibérico y tal vez en una lengua de la familia eusquérica (Beltrán, 2004b: 130).

Los motivos iconográficos suelen referirse a un elemento emblemático que caracterice a la comunidad. En la Hispania Ulterior, encontramos una gran variedad tipológica: para el reverso tenemos ejemplos como Hércules en la ciudad de fenicia *Gades* (cuya importancia residía en su templo de Hércules-Melqart), el dios Bes en *Ebussus*, el Hefesto con tenazas en *Malaka*, la esfinge en *Castulo*, etc. (Beltrán, 2004a: 118). En cambio la Hispania Citerior se caracteriza por acuñar motivos homogéneos como son la figura del jinete en el anverso y la cabeza viril el reverso, salvo contados casos como el de *Arse* (Sagunto) que acuña el jinete en emisiones entre 195-130 a.C. para después utilizar tipos propios, el Pegaso de *Emporion*, etc. (Beltrán, 2004b: 131).

El jinete constituye una referencia interesante tanto para el ámbito íbero como para el celtíbero con tres dimensiones principales: como una representación colectiva de las élites locales, como una alusión a su pasado indígena y como una evidencia de unos lazos étnicos más consistentes respecto de otras zonas de la península (Beltrán, 2002: 172, 2004a: 118). Además la tipología del jinete revela una variedad en cuanto a su representación: uno que porta una palma, otros una lanza o armas cortas, y en el caso de las monedas asociadas a los Berones armas arrojadas (Beltrán, 2004a: 116).

Por otro lado, el anverso muestra una cabeza viril que suele ser asociada, en base a paralelos del mundo clásico a una divinidad local (Beltrán, 2004a: 118). Aunque hay otros autores como Abascal (2002)²³ que han propuesto la teoría de que la cabeza viril pudiera estar asociada a un héroe fundador como ancestro de las élites aristocráticas de la ciudad. Otro

²³ El artículo es Abascal (2002), "Téseras y monedas. Iconografía zoomorfa y formas jurídicas de la Celtiberia", *Palaeohispanica*, 2, págs. 9-35 (Citado en Beltrán, 2004a: 118-119)

aspecto hace referencia a los llamados “mecanismos de agregación” citados por Beltrán (2004a, 2004b). Estos mecanismos son detalles de las cabezas viriles (cabeza barbada o imberbe, con collar o torques) o bien símbolos como delfines, palmas, signos de escritura etc. que permitirían trazar vínculos entre ciudades y delimitar áreas definidas (Beltrán, 2004b: 133, 2004a: 116).

En lo referente a las inscripciones, éstas han permitido revelar la condición de las ciudades como firmantes de pactos de hospitalidad, como referentes de instituciones de gobierno o bien de *origo* o patria.

La ciudad como firmante de un pacto de hospitalidad se muestra evidente en el caso de la Celtiberia. Los pactos de hospitalidad suponen la concesión de ciudadanía local a un individuo de una ciudad extranjera. En estos documentos podían intervenir magistrados aunque lo más destacable es que en ellos quedaban aludidos los nombres de las ciudades (Beltrán, 2004a: 117). Uno de los ejemplos más conocidos es la tésera Froehner. Esta tésera en forma de manos estrechadas lleva escrito lo siguiente: “Lubo de los Alísocos, hijo de Avalo, de Contrebia Belaisca”. El *kontebiaz belaiskaz* inscrito en la tésera hace referencia a la ciudad celtibérica de Contrebia Belaisca (Beltrán, 2004c: 46 y ss.).

La ciudad, como referente de instituciones de gobierno, queda mostrada en las *tabulae* de bronce, cuyo caso más importante es la *Tabula Contrebiensis*. Este documento recoge actuaciones de los distintos órganos de la ciudad que han sido relacionadas con la autorrepresentación de las élites locales o con el deseo de mostrar un consenso a través de sus decisiones que mejore esos vínculos ciudadanos dentro del marco de la comunidad. Además en el documento encontramos mencionados cargos como el de *senatus*, *praetor* o *magistratus*. A raíz de la información revelada por este documento, Beltrán afirma que estas ciudades (dentro del siglo I a.C.), salvando las distancias, pueden ser homologables al concepto de ciudad estado-clásica, afirmación reforzada por un pasaje de Apiano (APP., *ib.* 100.) donde el autor clásico señala dos niveles de institución para la ciudad de Belgeda: *démos*, *boulé* y e incluso un lugar de reunión como es el caso del *bouleterion* (2004a: 103).

La ciudad como *origo* o patria la apreciamos en inscripciones de fines del II o comienzos del I a.C., como el caso de la losa de Ibiza. Se trata de una inscripción en lengua celtibérica dentro un ámbito púnico: la *‘ybshm* o *Ebussus* romana. En ella, aparece un individuo con el gentilicio *belikios* asociado con la ciudad de Belgio, que acuño bajo el rótulo

de *belikiom*. Esta ciudad se suele situar en torno a la localidad de Azuara (Zaragoza) (Beltrán, 2004a: 122).

Por lo tanto, como muestran las fuentes, la ciudad se reafirma como un marco referente en las sociedades indígenas por su aparición tanto en un ámbito político como social.

3.2. La etnia: en torno a la cuestión de la etnicidad o identidad étnica.

Como hemos visto antes, a partir de los años ochenta se produjo un notable cambio de enfoque en el estudio de la etnicidad. Para esta cuestión he decidido centrarme en autores como Ciprés (2013) o Beltrán (2004a, 2013).

A la hora de analizar el problema de la etnicidad dentro de las sociedades indígenas las tesis de Hall acerca de la identidad étnica son tenidas en cuenta por los investigadores. Para empezar, como ya habíamos afirmado, Hall considera que los grupos étnicos no pueden ser definidos por características genéticas, lingüísticas, religiosas o de cultura común, sino que más bien responden a otro tipo de criterios como la vinculación a un territorio específico y una común ascendencia (1997: 25). A partir de esta idea, Ciprés afirma que la identidad étnica queda reflejada por un lado en el pasado, la historia y los orígenes, donde la descendencia ficticia creada a través de un antepasado común ha podido habilitar tanto vínculos de parentesco como de solidaridad y por otro lado en el factor del territorio pues toda sociedad aunque sea nómada, queda ligada a un territorio. Este último factor a su vez ofrece un espacio cultural de identificación/pertenencia que puede corresponder con el lugar de origen y no de residencia, aquello que la autora define como “territorios perdidos” (Ciprés 2013: 247).

El estudio de las etnias en la Península Ibérica plantea varios problemas. Como señala Hall, las identidades étnicas son construidas mediante un discurso intrínseco permitiendo captar percepciones que estas comunidades tenían de sí mismas (1997: 182-184). En el caso de las sociedades indígenas no contamos con tales testimonios. De esta forma los estudios del mundo indígena han estado enfocados en definir el carácter de los diferentes pueblos, su origen, su territorio y buscando rasgos que les identifiquen y a la vez les diferencien de otros (Ciprés, 2013: 245-246).

El análisis de la etnicidad en las sociedades indígenas se basa en el estudio de las fuentes clásicas y de otro tipo de documentos como los epigráficos. Mediante este proceso, podemos percibir una serie de etnónimos que constituyen un referente de aproximación a este estudio.

Las fuentes clásicas son testimonios elaborados por autores griegos y romanos en un contexto determinado. Por ello, debemos de tener en cuenta que estas fuentes parten desde una percepción exógena y que los autores clásicos muestran una etnografía en función de un momento histórico determinando (Ciprés, 2013: 243). De este modo, a partir de la acción política y administrativa de Roma en sus diferentes contextos (ya sea al inicio de la conquista o en época imperial), los grupos étnicos citados en las fuentes clásicas irán experimentando un importante desarrollo.

Al respecto de la cuestión es interesante el artículo de Beltrán “Plinio *versus* Ptolomeo. Geografía y etnicidad en la Hispania del Principado” (2013). En el artículo Beltrán busca aclarar cómo estos dos autores clásicos de época del Principado han tratado la articulación de las etnias y de las ciudades. Estos autores clásicos, siguiendo con las ideas anteriores, han establecido desde su punto de vista externo una serie de entidades étnicas en base a la acción política de Roma y no con una intención de ofrecer lo que podemos entender como un mapa etnográfico de la Península Ibérica (Beltrán, 2013: 490). A pesar de ello, estos dos autores clásicos distanciados por casi un siglo, ofrecen una coincidencia en el panorama étnico que presentan, con una nómina de pueblos que se había convertido en canónica para los administradores y eruditos de la época del Principado, independientemente de que las etnias fuesen ya en su época sólo corónimos (nombre que hace referencia a un área geográfica) o existiese un elemento que pueda sostener una identidad (Beltrán, 2013: 495).

Otro aspecto, como ya he comentado, son los etnónimos. Los etnónimos son los términos que los autores clásicos utilizan para designar a estas sociedades y cuya proveniencia puede venir de la propia comunidad o fuera de ésta. Por tanto, a través de un análisis lingüístico se puede determinar si un etnónimo tiene una procedencia exógena o endógena, es decir, si tiene una naturaleza vernácula y por ende asociada a una comunidad indígena o bien si ha sido construido a través de terminología griega o latina.

Beltrán al respecto señala que los etnónimos de procedencia vernácula podrían reflejar la percepción que estos individuos tenían de sí mismos (2004a: 114). Por ejemplo, para el caso de la Celtiberia, el etnónimo “Belos” se puede explicar a partir del galo *belo-*, *bello-*, (“fuerte, poderoso”) como ocurre en el caso de los Belovacos de la Galia Bélgica. Por otro lado, el último compuesto de “Belovacos”, *uac(o)*, tiene un significado desconocido en galo y puede estar relacionado con el etnónimo “Arevacos”, aunque para éste último contamos además con un testimonio de Plinio el Viejo (PLIN., *nat.* 3.27.), que trata de explicarlo en

relación con el río *Areua* (Beltrán, 2004a: 114). Si se diese este caso estaríamos ante un etnónimo que relaciona un grupo étnico con un territorio.

Otro ejemplo mencionado por Beltrán (2004a: 104) implica tanto a las fuentes clásicas como a las inscripciones y las leyendas monetales. Se trata el caso del topónimo Contrebia explicado desde la lengua céltica como *kom-treb-ya* o “reunión de viviendas”. Tres ciudades llevan este nombre: Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza), Contrebia Leucade (Inestrillas, La Rioja) y Contrebia Carbica (Fosos de Bayona, Villasviejas, Cuenca). Por ello, podemos pensar que sea un epíteto que acompaña al nombre para diferenciarlas. Contrebia Belaisca recurrió a su adscripción étnica “de los Belos” que también corroboran las monedas con la leyenda *kontebakom bel.* y las inscripciones que mencionan una *Contrebia Balaesca*. De la misma forma Contrebia Carbica podría ser entendida como “de los Carpetanos”, aunque para el caso de Contrebia Leucade no se encontraría una correlación étnica.

Los etnónimos de carácter exógeno, en comparación con los vernáculos, son contruidos a través de términos griegos o romanos. Como se ha dicho antes, estas construcciones reflejan la percepción subjetiva de estos autores a partir de un hecho, un contexto o un rasgo que les llamase la atención²⁴. De esta forma encontramos ejemplos como los *Gimnetes* (“desnudos”), los *Kastellanoi* (derivado de *Castellum*), o el propio de Celtiberia de cuya etimología hablaré en el siguiente capítulo (Beltrán, 2004a: 105).

Por último, es necesario comentar cómo se fueron desarrollando las etnias de la Península Ibérica, desde su contacto con Roma hasta su integración política en el Imperio, a partir de la información que disponemos de las fuentes.

En el contexto de la conquista de la Península Ibérica, las fuentes grecorromanas articulan sus descripciones a partir de grupos de población que son resistentes a Roma: turdetanos, lusitanos, celtíberos, carpetanos, vacceos, vettones... El hecho de que estos autores atribuyesen protagonismo a estas comunidades ha provocado que las etnias sean valoradas como un componente esencial del funcionamiento y organización de estas sociedades indígenas (Ciprés, 2013: 245). Estas etnias parecen pasar a desempeñar un papel secundario tras la época republicana y sobre todo en época imperial, cuando se imponen

²⁴ Al respecto de esta cuestión es interesante la siguiente reflexión de Pelegrín: “Cuando una comunidad construye un etnónimo para dar nombre a la otra, la designación resultante refleja la percepción subjetiva desde a que el primer grupo contempla al segundo en función de las circunstancias que presiden su encuentro y posterior contacto con él. A menudo un etnónimo exógeno se construye sobre la base de la percepción de un rasgo meramente descriptivo considerado por el observador como característico del grupo observado, y así la apariencia física, las formas de vida o el hábitat de determinados grupos humanos impulsaron a otros grupos a designarlos como “pictos” (del latín *picti*, “pintados”), “cosacos” (del quirgiz *kasak*, “jinete”)...” (2005: 116)

estructuras político-administrativas romanas (provincias, conventos, ciudades) y estas comunidades se integran a los nuevos referentes romanos (Ciprés, 2013: 246).

A pesar de ello, los grupos étnicos mantienen una operatividad y los vemos reflejados en el caso de las descripciones de Plinio y Ptolomeo, antes mencionadas, donde conviven junto a las estructuras político-administrativas. Dentro de este aspecto señala Beltrán que estas etnias fueron afectadas, al inicio del Principado, dependiendo de los ámbitos: así para la zona meridional, que sufrió una temprana romanización, nos encontramos que los rasgos diferenciales se han disipado (a excepción de los Célticos) quedando básicamente los Turdetanos/Túrdulos y los Bastetanos/Bástulos; en la zona ibérica oriental se mantienen numerosas referencias a estos pueblos que quedan fijados y centrados como un referente cultural, sentimental o geográfico, y en la zona noroccidental se muestra también más evidente dando a entender una acción sistematizadora de Roma (2013: 495-496). Al respecto Beltrán señala que estas identidades étnicas habían quedado reducidas frente a la emergencia de las identidades romanas, esencialmente cívicas, y sus referentes mientras que se aprecian, por otro lado, la creación de marcos étnicos interiorizados por la población local, como el caso de los celtíberos o el de vascones de discusión reciente (2013: 491).

Los indicios que permiten hablar de la reelaboración de las etnias dentro del marco romano lo apreciamos en una serie de testimonios mencionados por Ciprés (2013: 246). En primer lugar, las alas y cohortes donde se manifiesta una denominación étnica en ejemplos como *alae II y III Asturum*, *ala Vettonum*. También es apreciable en un epígrafe del siglo II d.C. que menciona un censo elaborado por un tribuno laticlavo de la *Legio VII*, *Mocconius Verus*, entre las *ciuitates* de *vascones* y *varduli* y que muestra un criterio de selección que no parte de las estructuras administrativas romanas (conventos y provincias). Otro testimonio destacado es la *origo* o patria como se indica en algunas inscripciones pertenecientes a ciudadanos romanos miembros de élites provinciales que no sólo revelan la *ciuitas* de procedencia sino también la condición como cántabro o vacceo. Por último, un testimonio que merece mención, es la asociación de corónimos para dar lugar a nombres como *Prouincia Ulterior Lusitania*, *Prouincia Lusitania et Vettonia* o *Conuentus Asturum*.

En definitiva, la cuestión de etnicidad manifiesta, en menor medida que la ciudad, un marco social dentro de la realidad indígena. Su análisis se ha basado principalmente en el estudio de las fuentes clásicas y de documentos como los epigráficos donde hemos visto cómo para el primer caso los testimonios parten de una percepción exógena y de las necesidades de un contexto determinado. Por ello, dentro de la cuestión son interesantes los etnónimos que

reflejan, mediante el análisis lingüístico, una procedencia endógena o exógena. En el primer caso, como hemos visto en los ejemplos mencionados por Beltrán, puede llegar a constituir un indicio indirecto que se aproxime a la percepción que tenían estos de sí mismos. Por último, el desarrollo de las etnias ha quedado de manifiesto a través de las fuentes clásicas que las han presentado primero como pueblos enfrentados a Roma y posteriormente dentro de las nuevas realidades administrativas romanas: las provincias y los conventos. En este último aspecto, es reseñable la creación de nuevos marcos étnicos interiorizados por la población local como muestran los ejemplos mencionados por Ciprés y en especial, la Celtiberia como veremos en el siguiente capítulo.

4. Las identidades romanas.

Las identidades romanas resultan para el historiador más claras y coherentes que las indígenas, al estar mejor documentadas.

Un primer aspecto a comentar de las identidades romanas es la capacidad de reelaborarse a través de los diferentes contextos. Un ejemplo claro es el origen troyano de Roma cuyo proceso de reelaboración culminará en época del Principado cuando Augusto se vincule a Eneas, ancestro mítico de los fundadores de Roma, a través de un medio discursivo que en este caso es la *Eneida* de Virgilio (Beltrán, 2004a: 96-97), y que revela el criterio de etnicidad relacionado con un ancestro común manifestado por Hall (1997: 32-33).

Por otro lado, la identidad romana se caracteriza por su condición cívica y política en detrimento de otros elementos como: 1) La lengua pues Roma no trató de construir una identidad sobre una homogeneidad lingüística en base al latín; 2) La religión donde Roma mostró una tolerancia con casi todas las creencias; 3) Las tradiciones y costumbres, en las que rara vez intervino; 4) El territorio que no pudo ser constituido como un referente sólido para las poblaciones del Imperio ya que el poder romano fue concebido hasta época de Adriano como un *imperium sine fine*, siempre en expansión (Beltrán, 2004a: 98-99).

En el ámbito de la Hispania romana, las identidades pueden articularse en identidad cívica como realidad destacable y otros referentes como la identidad provincial, imperial o bien la noción de Hispania.

4.1. La identidad cívica: la comunidad cívica romana.

La identidad cívica es un referente fundamental dentro del mundo romano. La identidad cívica gira en torno de la *ciuitas* que se convierte a finales del I a.C. con la instauración del Principado en una realidad dominante en toda la península.

En el contexto del final de la Guerra Social (91-88 a.C.) que culminó con el proceso de concesión de la ciudadanía romana a los itálicos y sus aliados, la identidad cívica se reelaboró de acuerdo con la posición hegemónica de Roma respecto a Italia. Esta nueva condición de la identidad cívica la encontramos expresada en el pasaje de Cicerón acerca de las dos patrias: *Omnibus municipibus duas esse censeo patrias: unam naturae, alteram ciuitatis*²⁵ (Beltrán, 2004a: 97). Cicerón, sentimentalmente, reconoce dos referentes identitarios: el municipio natal, que en este caso es Arpinum, vinculado políticamente a Roma desde el siglo IV a.C., y por otro lado la propia Roma (Beltrán, 2004a: 97). Al respecto de la primera hace referencia al lugar de nacimiento, a la patria natal, mientras que la segunda tiene relación con una patria de derecho común a todos los ciudadanos, Roma, la *ciuitas* por excelencia base de la comunidad cívica romana, de la que Cicerón afirma que hay que dar la vida por ella. Si atendemos al contexto del pasaje, en torno al año 44 a.C., encontramos no sólo la posición hegemónica de Roma sobre Italia, sino también otros aspectos como las fundaciones de colonias y municipios en las provincias por parte de Julio César y por otra parte la expansión del territorio que ya abarcaba desde Siria hasta Hispania. Desde esta perspectiva la *ciuitas* romana de Cicerón ya no era concebida como una ciudad-estado sino más bien se proyectaba como un imperio de vocación universal que tenía como principal referencia a la propia Roma, la *ciuitas* por excelencia (Beltrán, 2004a: 98).

La identidad cívica tiene como característica principal su capacidad integradora (Beltrán, 2004a: 97). Así fue capaz de incorporar a los referentes cívicos romanos tanto a los itálicos y sus aliados como a extranjeros que habían realizado un servicio a Roma tal y como

²⁵ “Todos los hombres de los municipios tienen dos patrias, una por nacimiento y otra por ciudadanía.” Y sigue: “como Catón nació en Túsculo y recibió la ciudadanía de Roma era tusculano por su origen y romano por ciudadanía, tuvo una patria geográfica y otra de derecho; (...) así nosotros llamamos patria aquella en la que hemos nacido y aquella que nos ha recibido. Pero es necesario amar sobre todo a la que nos une a todos los ciudadanos bajo el nombre de República, por la cual debemos morir y a la que debemos dedicarnos por completo, entregándole y consagrándole lo que nos pertenece” (Cic., *de legibus*, 2, 5 citado en Ferrer Maestro, 2011: 9).

lo manifiestan documentos como el Bronce de Ascoli del 89 a.C.²⁶. En el Principado, la figura del emperador quedó incorporada a estos referentes cívicos ya que era el *princeps* el que garantizaba la integración política mediante la concesión de la ciudadanía a diferentes escalas, ya sea a un individuo, a una ciudad o a una provincia como es el caso de Vespasiano y la concesión del derecho latino a las provincias hispanas en el 74 d.C. o incluso a todo el imperio como es el caso de Caracalla y la concesión de la ciudadanía romana del año 212 d.C. que finaliza el proceso de integración política (Beltrán, 2004a: 98).

Dentro del marco de la Hispania Romana, los referentes cívicos adquirieron solidez mediante la política de integración realizada por Augusto que se caracterizaba sobre todo por la creación de colonias y de municipios (Beltrán, 2002: 162). Las ciudades dentro de este nuevo contexto podían afirmar por un lado su condición romana que le diferenciaba de las comunidades peregrinas y por otro lado mostrar señas de identidad propias respecto de otras ciudades romanas (Beltrán, 2002: 165). En este aspecto los municipios eran espacios idóneos para la redefinición de identidades ya que estas comunidades indígenas al ser promocionados como municipios (romano o latino) tenían una cierta libertad para reelaborar su pasado e incorporarlo a la redefinición de su nueva identidad, mientras que las colonias al contrario se constituían como nuevas Romas, esto es, como copias idénticas a ella (Beltrán, 2002: 165).

De acuerdo con esta idea, la moneda constituye en palabras de Beltrán “un ámbito idóneo para estudiar estos procesos de redefinición de la identidad comunitaria en la Hispania del cambio de Era” (2002: 165). En época republicana hemos visto como en la Hispania Citerior los motivos del reverso se vuelven homogéneos conforme a la incorporación de la imagen del jinete con la excepción de contados casos. En la época del Principado estas cecas, que ya hacían constar en sus leyendas monetales su condición de municipio, van reduciendo los motivos asociados al jinete incorporando otros de filiación romana como el toro o la corona cívica. Así, *Bilbilis* acuña en el reverso el motivo del jinete, siendo junto con *Osca* y *Segobriga* (además de *Segouia* que era ciudad peregrina) la única que lo conservaba. A pesar de ello, *Bilbilis* y *Segobriga*, el primero en época augústea y el segundo en época de Tiberio, cambiaron el tipo monetar incorporando en sus monedas la corona de laurel y roble que reflejan la *pietas* y la *uirtus* de Augusto utilizado en otros ámbitos desde que en el año 27 a.C.

²⁶ El Bronce de Ascoli (89 a.C.) es un documento en el que se concede la ciudadanía romana a un grupo de jinetes hispanos nombrados como *turma Salluitana* gracias a su participación en la Guerra Social, en concreto en el asedio de la ciudad de *Ausculum* (Ascoli, Italia). Este documento tiene su importancia debido a que en él figuras los nombres vernáculos de los integrantes de dicha *turma* y sus respectivas ciudades de origen (Pina Polo, 2003: 198)

el senado concediese al príncipe la corona cívica: un motivo claro de filiación romana (Beltrán, 2002: 171).

Las colonias, por su parte, quedan reflejadas en las leyendas monetales a través de abreviaturas principalmente: CCA (*Caesar Augusta*), CVTT (*Tarraco*), CAE (*Emerita Augusta*) etc. Las colonias, además, ofrecen motivos variados que reflejan una unión directa con Roma: 1) Motivos relacionados con la fundación de la colonia, como es el caso de las colonias de *Emerita Augusta* y de *Caesar Augusta*, en cuyas monedas se aprecia la imagen de una yunta de bueyes guiada por un sacerdote que evoca tanto a la colonia como la fundación misma de Roma y en otros casos se observa motivos relacionados con legiones fundadoras²⁷ que remiten tanto a una unión con Roma como a esa fundación a través de los veteranos de estas legiones (Beltrán, 2002: 175-176); 2) Motivos en los que se representan monumentos urbanos como altares o templos, como es el caso de *Tarraco* que muestra su relación con el culto imperial (Beltrán, 2002: 176-177) y 3) Motivos que reflejan los emperadores y miembros de la casa imperial, como el caso de *Caesar Augusta* o *Tarraco* y que muestra un carácter también ligado al culto imperial (Beltrán 2002: 177- 178).

Como ejemplo de municipio podemos atender a un caso bastante estudiado: el *Municipium Augusta Bilbilis*. *Bilbilis* se encuentra situada cerca de Calatayud en el valle del río Jalón. Sabemos a través de las monedas, que en el siglo I a.C. se la conocía como *Bilbilis Italica*²⁸, quizás por la llegada de colonos en época republicana (Martín-Bueno y Saénz, 2004: 257). Por otro lado, en época augústea *Bilbilis* se convierte en municipio con el apelativo de *Augusta*, es decir, *Municipium Augusta Bilbilis*²⁹. Así pues, atendiendo a estas nuevas necesidades se contempla ya en época augústea un plan de transformación de la ciudad contando probablemente con arquitectos venidos de fuera que configuraron la ciudad en base a un entramado de terrazas al modo de las ciudades romanas orientales y con un centro neurálgico basado en un complejo monumental caracterizado por foro, teatro y puerta de la ciudad (Martín-Bueno y Saénz, 2004: 257).

En los restos epigráficos hallados en *Bilbilis* encontramos cambios sustanciales en los habitantes de las ciudades. Muestra de ello, lo refleja una inscripción que conmemora a Tiberio, hallada junto al templo (que posiblemente estuviese dedicado al culto imperial) y otra

²⁷ Legión X (Gemela) para el caso de *Emerita Augusta* y Legiones IV (Macedónica), VI (Vencedora) y X (Gemela) para el de *Caesaraugusta* (Beltrán, 2002: 176).

²⁸ Leyenda monetar: *BILBILIS/ITALICA* (Beltrán, 2004a: 130)

²⁹ Leyenda monetar de *MVN(icipium) AVGVSTA BILBILIS* (Beltrán, 2004a: 130)

inscripción donde se refleja el carácter de estas gentes que se van integrando en la romanidad³⁰.

Otro ejemplo podría darse en el peculiar caso de *Italica* (Santiponce, Sevilla), ciudad natal del emperador Adriano. Adriano, según refleja Aulo Gelio (*noctes Atticae* 16. 13, 4) había expresado al Senado el deseo de *Italica* de convertirse en colonia dejando a un lado su estatus de municipio (Beltrán, 2002: 159). Este hecho puede explicarse, según Beltrán, por el empeño de los ciudadanos de *Italica* en identificarse con Roma a través de la concesión como colonia, de esta forma *Italica* alcanzó el estatus de colonia como *colonia Aelia Augusta Italicensum* asociada claramente al emperador (2002: 160).

Aunque lo interesante son los antecedentes, ya que para el caso de *Italica* nos encontramos con toda una serie de rasgos que ya reflejaban esa aspiración de *Italica*. Para empezar, Beltrán, ve lógico el proceso puesto que a pesar de ser la primera fundación romana en Hispania allá por el 206 a. C. durante doscientos años vivió como una comunidad peregrina pese a poseer un nombre con un vínculo directo con Roma. Además de que, en calidad de municipio ya en época augústea, sus primeras emisiones estaban más en concordancia con las de las colonias romanas con tipos como Roma divinizada, el Genio con el globo del mundo a sus pies o bien la Loba Capitolina amantando a Rómulo y Remo (2002: 160).

Por último, mediante la epigrafía encontramos un referente sólido de la identidad cívica: La *origo*. La *origo* en este caso, se refiere a la alusión en dicho registro epigráfico de la patria, la procedencia o el domicilio de un determinado individuo, éste viene expresado mediante el nombre de la ciudad, un adjetivo de carácter cívico-étnico o a través de otros elementos como la *domus*, convento, provincia, etc... De esta forma queda plasmada esa patria local a la que hacía referencia Cicerón (Andreu, 2008: 351).

En efecto, se aprecia claramente como la identidad cívica romana se había implantado en la Hispania Antigua contemplando el marco de la *ciuitas* como una realidad potente y dominante sobre las que se articulan diversos procesos como pueden ser la concesión de municipio o la concesión de colonia.

³⁰ En este caso el ciudadano trata de ajustar su onomástica vernácula al uso romano conjugando sus nombres tradicionales con la mención de la tribu Galeria, e utilizando un *pseudonomen*: *Mandius* que se adapta al modelo latino, sabiendo que su apariencia es vernácula (Beltrán, 2004a: 131)

4.2. La identidad provincial: la división de Hispania en provincias.

La identidad provincial constituye un referente evidente sobre todo en época del Principado. Para su análisis hay que tener en cuenta el cambio de ordenación territorial que sufrió Hispania a través del sistema provincial romano elaborado en época de Augusto y que dio origen a tres realidades provinciales: la Bética, la Lusitania y la Citerior. Sobre estas realidades la conciencia provincial se expresó como una forma más de romanidad y no como un aspecto autonomista. Por ello la provincia constituye una unidad administrativa de interlocución directa con los provinciales, donde Roma creó conciencias solidarias para poder controlar más fácilmente sus estructuras cívicas dentro del marco de un Imperio que agrupaba una extensión considerable y difícil de organizar (Caballos, 2011: 188).

El sistema provincial romano se caracteriza por la existencia de dos tipos de provincias, imperiales y senatoriales, que en el ámbito de la Hispania se traducirá en: la Bética gobernada por un procónsul anual de rango pretorio, que contaba con un legado y cuestor; la Lusitania con un legado imperial de rango pretorio durante tres años y la Citerior gobernada por un legado consular, que contaba en este caso con uno o varios comandantes de la legión, según la época, además de un legado jurídico y procuradores financieros (Navarro, 2011: 142).

Para esta cuestión son destacables los artículos de Navarro (2011) al respecto de la Citerior y Caballos (2011) en el ámbito de la Bética.

Navarro (2011) comenta el problema que surge al establecer los límites provinciales a partir de un terreno heterogéneo, caracterizado por accidentes geográficos y con notables diferencias entre las zonas e incluso procesos de romanización desiguales (no es lo mismo el caso del noroeste y el del suroeste peninsular) (Navarro, 2011: 143). De esta manera, la Citerior contaba con más funcionarios imperiales y por otro lado se mostraba más tolerante con los usos locales (Navarro, 2011: 150). Este último aspecto se puede apreciar en la zona noroeste donde predominaron las inscripciones sagradas y no las honoríficas (que eran las características romanas) que se centraban en la parte occidental (Navarro 2011: 149), lo que da entender una dualidad aparente dentro de la propia Citerior³¹.

³¹ Como señala Navarro, Augusto cuando comenzó a elaborar su política de municipalización se encontró con esa heterogeneidad caracterizada en el Noroeste por castros de carácter tribal de los cuales los más grandes acabaron desempeñando funciones de articulación del territorio, además de las nuevas ciudades creadas y nombradas con el epíteto augústeo. Por otro lado la zona levantina había mantenido una cohesión y una organización más clara por el sustrato ibérico, ya que partían con una romanización republicana y una urbanización más desarrollada (Navarro, 2011: 148)

Otro aspecto que señala Navarro, es la capital de la Citerior, Tarraco y su característico *concilium provinciae*. En el caso de esta colonia por datos aportados a través del historiador Géza Alföldy y su obra *Die römischen Inschriften von Tarraco* (1975), se contaron unas 1080 inscripciones, de las que se contabilizan unas 189 de carácter honorífico (Navarro 2011: 150). En el caso del *concilium provinciae*, ello queda reflejado en el propio foro de Tarraco, un auténtico complejo forense dividido por diferentes niveles en cuya terraza central se estableció un programa de estatuas que representaba a los *flamines* provinciales, además de gobernadores y otros cargos cuya ubicación está todavía por esclarecerse (Navarro, 2013: 151). Por lo tanto, hay que señalar el *concilium provinciae* como un indicio claro hacia la aproximación de una identidad provincial ya que esta organización representó una cohesión respecto a la figura del emperador, dirigiendo su culto y por otro lado, integró a las élites a través de la promoción de cargo de *flamen*.

Caballos (2011) al respecto de la Bética nos cita ejemplos a través de la epigrafía que reflejan a esta provincia como un referente identitario dentro del marco romano. En este sentido, el autor cita tres testimonios: el caso de la inscripción del Foro de Augusto, la Bética como *origo* y la Bética como *cognomen*.

La inscripción hallada en el Foro de Augusto de Roma es un pedestal donde figura un homenaje a Augusto y una mención a la Bética como *Hispania Ulterior Baetica*. Su contenido ha sido debatido en diversas ocasiones, llegando a la conclusión de que podría ser una representación o personificación de la provincia, que como sostuvo Alföldy³² pudo ser en forma de estatua o bien como afirma Liverani³³ en forma de relieve o medallón, dado el tamaño del pedestal (Caballo, 2011: 193). La justificación del obsequio sería la concesión del título de *pater patriae* del año 2 a.C. como afirma Alföldy; un detalle también de importancia es la cantidad de la ofrenda que es excepcional (Caballo, 2011: 194).

La Bética como *origo* por su parte queda reflejado en las inscripciones mediante las expresiones: *ex provincia Baetica* o bien *ex Baetica* o *ex Hispania Vltiore provincia Baetica*. Sólo son diez inscripciones las que contienen este referente que complementa a la *origo* cívica, es decir, la ciudad de origen (Caballo, 2011: 195).

³² La obra es Alföldy, G. (1989), "Zu den Monumenten" (citado en Caballo, 2011: 193).

³³ La obra es Liverani, P. (1997), "La imagen de Hispania" (citado en Caballo, 2011: 194).

La Bética como *cognomen* nos muestra un uso onomástico a través de la adjetivación del nombre de la Bética cuyo resultado es la expresión *Baeticus*. Así lo refleja un ejemplo documentado en la ciudad romana *Corduba* donde aparece un *Iulius Baeticus* (Caballos, 2011: 199-201).

Así pues, la identidad provincial es un referente identitario del mundo romano que permitió cohesionar las provincias con Roma, estableciendo un nivel de vertebración pertinente para mantener a su vez, la estructura cívica. En el caso de la Citerior es característico el *concilium provinciae* como importante aproximación a la identidad provincial y, en la Bética, mediante el análisis epigráfico, se establece como un referente.

4.3. La identidad imperial: la cohesión en la figura del *princeps*.

Anteriormente he comentado el proceso de municipalización que sufrió Hispania en la época del Principado. En dicho proceso el *princeps* tuvo un papel importante ya que se constituía como cohesionador de todas estas poblaciones a través de la concesión de ciudadanía. Por ello, a la hora de caracterizar esta cuestión encontramos la figura del emperador como un referente que puede ser añadido a los referentes cívicos. En esta cuestión es interesante la síntesis que ofrece Beltrán (2002, 2004a, 2011).

El príncipe tenía como característica principal su papel cohesionador que le permitía englobar las poblaciones del imperio, incluyendo las que no poseían la ciudadanía (y que por ende mantenían también un culto al emperador) en torno a él (Beltrán, 2004a: 97). A este papel cohesionador se une una característica esencial que es la capacidad integradora ya que es el emperador el que concede la ciudadanía a diferentes escalas, ya sea un individuo, una ciudad o una provincia (Beltrán, 2004a: 98). En el caso de la Hispania Romana, esta última cuestión es interesante ya que sus tres provincias se verán beneficiadas de la concesión del derecho latino por Vespasiano en el año 74 d.C., bien documentado a través de Plinio el Viejo (*Nat. III*, 30), y que supondrá un otorgamiento de gran importancia del que no se había dado un caso similar aparte de la concesión de la ciudadanía romana a los itálicos y sus aliados tras la Guerra Social (91-88 a.C.) y que posteriormente culminará con la *Constitutio Antoniniana* del año 212 d.C. promulgada por el emperador Caracalla que concederá la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio Romano (Beltrán, 2011: 64).

Otra característica del emperador hace referencia a la llamada “cultura imperial” cuya importancia reside en su capacidad de unificación y homogenización a través de la literatura,

las inscripciones, las imágenes, la arquitectura convirtiéndose en un destacado modelo de difusión (Beltrán, 2004a: 127)

Por otro lado, el documento de mayor relevancia son las monedas. A comienzos del Principado encontramos una pauta casi homogénea con la disposición del retrato del príncipe con su respectivo nombre en el anverso de las monedas. Beltrán considera que no responde a una obligación sino que se trata de un homenaje a la figura del príncipe y que por tanto se estaba dotando a la moneda de un poderoso símbolo de autoridad ligado a otros aspectos como por ejemplo la construcción de los primeros templos de culto imperial, que es además otro referente (2002: 166).

Aunque cabe de añadir que no todas las ciudades acuñan la figura del príncipe en sus monedas lo que da a entender que su introducción no era impuesta. Al respecto, tampoco podemos decir si estas ciudades manifestaban una indiferencia a dicha pauta, ya que como señala Beltrán hay otro tipo de testimonios como en *Emporiae* que muestra su adhesión a la casa de Augusto a través de un conjunto de placas marmóreas identificadas con Agripa y Gayo César como patronos de la ciudad o bien en *Gades* que exhibe retratos de Agripa, de Tiberio César, Gayo y Lucio César y un templo tetrástilo probablemente asociado al culto imperial en el reverso de un *tresis* (2002: 166-167).

En otro artículo Beltrán (2004b) se pregunta si la adhesión a la figura del príncipe fue en términos religiosos o políticos. De esta forma en las monedas las referencias que aluden a sus poderes cívicos (*pater patriae* o bien mediante desempeños de magistraturas o poderes como la potestad tribunicia, consulado o el imperio entendidas como una conmemoración) se encuentran más frecuentemente que aquellas que hacen mención a su función religiosa (a través de la expresión *diui* o en menor medida por la condición de *pontifex maximus*) (Beltrán, 2004b: 134).

4.4. Hispania como referente identitario.

La noción de Hispania como referente identitario se encuentra documentado en el artículo de Beltrán "...*Et sola omnium prouinciarvm vires suas postquam uicta est intellexit*" Una aproximación a Hispania como referente identitario en el mundo romano" (2011). En este artículo Beltrán afirma que la visión de Hispania como una percepción unitaria no fue gestada antes de la conquista, sino que germinó sobre el nuevo espacio identitario que ofreció la dominación romana (Beltrán, 2011: 54). Para ello se vale de tres perspectivas: Hispania desde Roma, Hispania desde Hispania e Hispania según los Hispanos.

- **Hispania desde Roma.**

Beltrán trata de reflejar una perspectiva exógena creada bajo el marco de Roma (2011: 57). Para ello cita varios ejemplos de expresiones citadas tanto en fuentes clásicas como epigráficas que sustentan una idea de una relativa unicidad de Hispania. De entre estos ejemplos son destacables:

Dentro de las fuentes clásicas, las expresiones *Hispania* o *Hispaniae* son utilizadas por los autores clásicos para designar un territorio que, como sabemos, se encontraba dividido en dos provincias en época republicana: Hispania Citerior y Ulterior y en tres provincias en época imperial: Bética, Citerior, Lusitania. Esta designación es apreciable hasta la Antigüedad Tardía (Beltrán, 2011: 57-58).

En el ámbito de la epigrafía, son reseñables expresiones como *hispani* o *ex Hispania* que hacen referencia a los habitantes de Hispania. Al respecto encontramos varios ejemplos. Uno es el Bronce de Ascoli del 89 a.C. donde los miembros de la *turma Salluitana* son mencionados como *equites Hispanos*. Otro ejemplo hace referencia a los *fasti triumphales* donde a partir del 71 a.C. quedan reflejados triunfos mediante la expresión *ex Hispania* haciendo referencia a tanto triunfos en la Hispania Citerior como la Ulterior (Beltrán, 2011: 58).

Aunque, al respecto de la cuestión, hay dos referentes más evidentes: las unidades de soldados auxiliares (alas y cohortes) y el de la representación de la Provincia (Beltrán, 2011: 59-63). Para el primer caso encontramos en época del Principado alas que llevan la fórmula *Hispanorum* como: *I Hispanorum*, *II flauia Hispanorum* etc. Para el segundo caso, se aprecia la particularidad la designación de Hispania a través de las monedas de sí misma y no de cada una de sus partes, esto es, de cada una de las provincias que la conforman. Como ejemplos encontramos dos tipos de representaciones: en época republicana con la representación de la provincia como *prouincia capta* o *deuicta* que queda plasmado en el ejemplo de un moneda del 81 a.C. de A. Postumio Albino donde aparece en el anverso una imagen de Hispania con rasgos típicamente bárbaros (pelo suelto) y de aspecto melancólico, mientras que a un lado aparece la leyenda *HISPAN(ia)*. En época imperial nos encontramos con la *prouincia felix* o *pia fidelis* reflejada en la monedas de Galba que mediante la leyenda *HISPANIA* presenta a una mujer armada con dos lanzas y un escudo redondo (presentando quizás el apoyo que éste había recibido de las Hispanias) y en las monedas de Adriano donde se presenta con

indumentaria clásica, reclinada sobre una roca sosteniendo una rama de olivo y un conejo a sus pies.

Como último aspecto, la percepción unitaria se presenta aun con más evidencia con la concesión del *ius Latii* por Vespasiano en el año 74 d.C. donde sus tres provincias se verán beneficiadas (Beltrán, 2011: 64).

- **Hispania desde Hispania.**

Para esta cuestión Beltrán nos habla de una perspectiva desde el propio ámbito de la Hispania, es decir, una perspectiva interna (2011: 65). Para ello, el autor se vale de un ejemplo específico e interesante: los mercenarios hispanos de *Morgantina* (Beltrán, 2011: 65-67)

A través de la fuentes clásicas, Tito Livio cuenta que en el 213 a.C., durante la segunda guerra púnica, el cónsul Marco Claudio Marcelo sometió la ciudad de Siracusa con ayuda de un grupo de mercenarios (*Hispani auxiliares*) liderados por *Moericus* que traicionaron a los cartagineses abriendo las puertas de la ciudad a los romanos. Por este hecho *Moericus* recibió la ciudadanía romana además de tierras, como también *Belligenes*, que fue quién le insistió en cambiarse de bando. Una vez acaba la contienda, se estableció un lugar para éstos en *Murgentia* esto es *Morgantina* hacia el año 211 a.C.

El dato relevante es la acuñación que realizaron estos mercenarios en *Morgantina*. Dichas monedas presentaban en el anverso una cabeza con casco asociada a Minerva o una cabeza masculina y en el reverso un jinete lancero con la leyenda *HISPANORVM*. Este hecho supone que estos mercenarios habían reflejado su condición de Hispanos en una fecha coincidente con la conquista romana, el III a.C. y a través de la lengua latina en un territorio helenófono. La plasmación del jinete sorprende ya que, como he mencionado para otros casos, se trata de un icono muy difundido en las cecas indígenas de la Hispania Citerior en el II y I a.C.

- **Hispania según los Hispanos.**

Esta perspectiva, para Beltrán, es un encuadre más concreto donde los testimonios tampoco ofrecen aspectos claros de la condición de hispano que tenían los habitantes de la Península Ibérica (2010: 71).

Los hispanos que fueron emperadores, senadores o bien autores literarios no mostraron con orgullo su origen hispano. De esta manera en el caso de los emperadores oriundos de la Península, el nacimiento de Trajano es mencionado vagamente en el Panegirico de Plinio, a Adriano se le ensalza la condición picena de sus ancestros y a Marco Aurelio su condición itálica. Lo mismo sucede con autores literarios como Lucano, Séneca o Quintiliano (Beltrán, 2011: 72-73).

A pesar de ello, hay un caso reseñable y que constituye una excepción: Marco Valerio Marcial (Beltrán, 2011: 74-75). De Marcial, oriundo de *Bilbilis*, contamos con 23 epigramas donde menciona su condición de hispano así como su condición de celtíbero y de bilbilitano. La condición de hispano de Marcial, se aprecia en un poema donde arremete contra un afeminado de corintio, Carmenio, haciendo gala de su cabello despeinado de hispano, de sus piernas y mejillas peludas frente a la estética ordenada del corintio. A pesar de reflejar esta condición de hispano, hay aspectos que Marcial no alude como las guerras entre celtíberos y romanos, o bien el tópico de barbarie manifestado por muchos autores clásicos. Por ello, Beltrán al respecto, considera que Marcial es ante todo ciudadano romano³⁴, mientras que sus reelaboraciones de la Celtiberia e Hispania constituyen una actitud crítica hacia Roma en función de un afecto puramente local.

Por otro lado, Beltrán menciona un caso en el que afirma que Hispania cristaliza como referente identitario. Tras la *constitutio Antoniniana* y la crisis del siglo III a.C. Beltrán afirma que las identidades ya no están tan ocultas y quedan presentadas por ejemplo en el emperador Teodosio que no tiene reparo en mencionar su condición de hispano en el Panegírico de Pacato o bien con la desintegración del Imperio Romano de Occidente donde Hispania fue como una base embrionaria para la creación de una identidad autónoma como refleja Isidoro de Sevilla en su *Historia Gothorum* (2011: 76-77).

³⁴ Marcial muestra su romanidad acorde con el pasaje de Cicerón sobre las dos patrias y que en este caso se concreta en su ciudad natal Bilbilis y en Roma (Beltrán, 2011: 76).

CAPITULO 4. DOS EJEMPLOS DE IDENTIDAD EN LA HISPANIA

ANTIGUA.

En este capítulo presento dos ejemplos relacionados con el marco teórico que he mostrado acerca de las identidades la Hispania Antigua: los “fenicios occidentales” y los celtíberos. El primero hace referencia a cuestiones relacionadas con uno de los pueblos colonizadores de la Península y sus peculiaridades para plasmar la identidad. La segunda cuestión, por su parte, hace mención a un término creado por los autores clásicos que agrupa un conjunto de etnias hostiles a Roma.

1. Las identidades de los fenicios del Extremo Occidente.

La cuestión de los fenicios del Extremo Occidente ha sido tratada en los artículos de Álvarez y Ferrer (2009), de Ferrer y Álvarez (2009) y de Ferrer (2013) que han elaborado un análisis riguroso de las fuentes para tratar de caracterizar qué tipo de referentes existían dentro de estas comunidades en el periodo colonial (IX-VII a.C.) y poscolonial (VI - II a.C.).

Como sucede en otros casos comentados en el presente trabajo, la historiografía moderna ha caracterizado los términos “fenicios” y “púnicos” a partir de planteamientos derivados de los nacionalismos y del antisemitismo que han permitido elaborar toda una serie de tópicos. Para el primer caso se había creado una imagen de los fenicios como hábiles y astutos comerciantes a partir de las fuentes griegas desde Homero. Además, el estudio de los fenicios quedó, en cierto modo, “desplazado” situando a los griegos como paradigma de la intelectualidad. De esta forma los fenicios quedaron como un pueblo navegante y comerciante pero culturalmente inferior al griego que había desarrollado todo un entramado cultural, artístico y filosófico. Para el segundo caso, se había elaborado una imagen negativa de los púnicos como un pueblo cruel, violento y sanguinario a partir de las fuentes romanas que habían creado esta imagen dentro del contexto de las Guerras Púnicas (Álvarez y Ferrer, 2009: 168-169).

Esta imagen quedó también plasmada en el ámbito de la Hispania Antigua. La construcción de una identidad nacional española había ensalzado a los pueblos prerromanos (como es el caso de los íberos) como paradigma de “lo hispánico”. Dentro de esta consideración de lo hispánico, los fenicios fueron considerados como extranjeros ya que no aportaban el componente racial y cultural que caracterizaba a las otras comunidades y por ello quedaron excluidos de su estudio. Además el estudio del área de ocupación que se ha

considerado como fenicia había quedado en buena parte relegado por la búsqueda de la llamada civilización perdida de Tartesos (Álvarez y Ferrer, 2009: 170).

A raíz del descubrimiento de nuevos asentamientos de carácter fenicio, el estudio de estas comunidades se fue enfocando hacia cuestiones relacionadas con la colonización, como el origen, el proceso y la delimitación territorial.

- Los fenicios en el periodo colonial (IX-VII a.C.).

El periodo colonial fenicio, concretamente en el espacio del Extremo Occidente, se desarrolla del siglo IX a.C. al VII a.C. Esta etapa se caracteriza por la creación de asentamientos en la Península Ibérica por comunidades procedentes del área del Levante Mediterráneo. Estos asentamientos estarán basados en las estructuras que ofrece la madre-patria (Tiro) y por otro lado de las propias comunidades indígenas allí constituidas (Álvarez y Ferrer, 2009: 166).

Para su estudio Álvarez y Ferrer, han enfocado el análisis a partir de las fuentes clásicas tanto romanas y helenísticas donde se ha gestado la visión tradicional de los fenicios, como de época griega (VII, VI y V a.C.) más acorde cronológicamente con la etapa de colonización y caracterizadas por la ausencia del término “fenicios” (Álvarez y Ferrer, 2009: 177).

Para las fuentes romanas, Álvarez y Ferrer (2009: 178-179) han llegado a la conclusión de que estas fuentes dependen de las necesidades y contextos de su época, en concreto, en la reafirmación identitaria de la Gades romana y de sus élites. En este aspecto, dado el carácter comercial de los fenicios, comentado por Diodoro de Sicilia, puede llegarse a entender que estas élites gaditanas trataban de reflejar su progreso como navieros y comerciantes a través de una proyección hacia el pasado fenicio, dándoles a estos “antepasados fenicios” la condición también de comerciantes y creando pues una especie de vocación comercial. El origen y fundación de Gadir, se explica por el interés de las élites gaditanas por establecerse como la colonia de fundación tiria más antigua respecto a otras de esta misma zona como Sexi u Onoba. La fundación de Gadir la recoge Veleyo Patérculo que la sitúa ochenta años después de la Guerra de Troya, hacia el 1104 a.C. De esta manera equiparando la fecha fundacional con hitos del universo histológico-mitológico de los griegos se establece una reconstrucción de los orígenes de Gadir en el contexto del helenismo. Por lo tanto, los autores ven como estos testimonios emanan de una imagen helenística y de la importancia que tenía la Gades romana en aquel contexto, donde no hay que olvidar, además, el papel destacado, según estas fuentes, del templo de Hércules-Melqart.

Las fuentes griegas del VII, VI y V a.C. muestran un carácter más ajustado cronológicamente en cuanto a lo referente al periodo colonial. Partiendo de estas fuentes, Álvarez y Ferrer (2009: 182-189) no encuentran referencias al término “fenicios”³⁵, lo que les lleva a plantearse que, probablemente, esta percepción quedará manifestada mediante otros nombres étnicos. De esta manera los autores han destacado los testimonios de Hecateo de Mileto, Herodoto de Heraclea y Avieno (a partir de periplos griegos) donde aparecen una serie de etnónimos: Tartesos o tartesios, mastienos o masienos y elbestios, elbisinos o cilbicenos. En particular, Hecateo señala una serie de *poleis* asociadas a tartesios y a mastienos³⁶. Respecto de *Tartesos* y *Mastia* (que se desprende de *mastienos*) pueden constituirse como corónimos.

Álvarez y Ferrer (2009: 194-195), en relación a esta última cuestión, han considerado que las comunidades descendientes de los primeros colonizadores habían tomado como referencia topónimos o corónimos para aludir al área geográfica donde se habían establecido y que, por lo tanto, éstos habían servido de ayuda a autores griegos para realizar descripciones de la zona. Por ello, *Mastia* y *Tartesos* se habían establecido como dos horizontes geográficos donde el primero abarcaría un espacio situado entre la desembocadura del río Segura y las llamadas Columnas de Hércules mientras que el segundo estaría comprendido entre la desembocadura del Guadiana y el estrecho de Gibraltar. Tanto en un ámbito como en otro, nos hallamos pues ante zonas principales de ocupación de estas comunidades fenicias.

- Los fenicios en el periodo poscolonial (VI a.C. – II a.C.).

En este período, según Ferrer y Álvarez (2009: 208-209), surgen las llamadas comunidades púnicas como producto de las “colonizaciones fenicias”. Al respecto, del término “colonizaciones fenicias” los autores han subrayado que junto con las primeras poblaciones que emigran a esta zona y las poblaciones locales, probablemente se hayan unido otros grupos heterogéneos (chipriotas, sirios, griegos, cartagineses...) creando así un carácter multiétnico.

³⁵ El término “fenicio”, al igual que sucede con el de “púnico”, es un etnónimo procedente del griego y de sus traducciones latinas, por lo que podemos entender que es claramente exógeno (Ferrer y Álvarez, 2009: 209). Se ha señalado en muchos estudios que estas comunidades se pudieron haber denominado a sí mismas como “cananeos”, aunque recientemente se ha subrayado su ausencia en las fuentes fenicias (Álvarez y Ferrer 2009: 184). En el artículo de Álvarez y Ferrer (2009) lo que se plantea es buscar otro tipo de referencias en las fuentes griegas ante la “invisibilidad” del término fenicios.

³⁶ *Ibyla* y *Elibirga* se encuentran adscritas a *Tartesos* y *Sualis*, *Sixo*, *Menobra*, *Molibdine* a la etnia de los *mastienos* y por último menciona la polis *Calate* que no tiene adscripción (Ferrer y Álvarez, 2009: 187).

A raíz de la cuestión, los autores han destacado cómo tras la conquista romana el panorama étnico se transforma. De esta manera, la etnografía de época republicana ha reflejado una serie de etnónimos en lugar de los corónimos *Mastia* y *Tartesos*. Para el primer caso, aparecen los etnónimos bastetano o bástulo y para el segundo turdetano y túrdulo. Además aparecen mencionados otro tipo de etnónimos, de carácter mixto, que comprueban que estas poblaciones eran de origen fenicio. De entre éstos destacan los compuestos blastofenicios o bástulo-púnicos (Ferrer y Álvarez, 2009: 214-215).

Para el estudio de las identidades fenicias en este período, Ferrer y Álvarez, han comentado por un lado la cuestión de la etnicidad y por otro, la identidad cívica.

En lo relativo a la etnicidad ya hemos visto como *Gadir* en época romana trata de establecer una vinculación con su madre-patria Tiro, sobre todo a través del santuario de Hércules-Melqart. A pesar de ello, los autores han considerado que en cuestiones de etnicidad las comunidades fenicias no habrían establecido una identidad étnica común entre ellas, sino que, como sucede en otros casos como en el mundo griego, este reconocimiento de los rasgos identitarios surgiría a partir de los diferentes contextos históricos. De esta manera, las relaciones entre *Gadir* y Cartago, ciudad que se constituía como la más prestigiosa fundación de Tiro, habían variado dependiendo de las situaciones. Prueba de ello, se aprecia en el contexto de las Guerras Púnicas donde *Gadir* al principio muestra su apoyo a los cartagineses y posteriormente se lo niega cerrando las puertas de la ciudad a Magón Barca por haber realizado saqueos por la zona (Ferrer y Álvarez: 217-218).

Las comunidades fenicias tienen un rasgo identitario más característico que es la ciudad-estado. Al respecto de la cuestión, Ferrer y Álvarez (2009: 218) han centrado el estudio a partir de la identidad cívica basada en la pertenencia a una ciudad-estado y su adhesión al culto de sus divinidades tutelares. Aunque está claro que entre los fenicios existía un sentimiento de pertenencia a un mismo referente que es Canaán con su lengua, alfabeto, panteón común a todas ellas.

A grandes rasgos, los autores proponen un modelo de jerarquización de esas identidades donde el primer escalón sería Canaán o bien Tiro como tierra madre mencionada en los mitos fundacionales de ciudades como Cartago, Útica, *Gadir*, *Onuba*, *Sexi*..., el segundo, el territorio conformado por los referentes de *Mastia* y *Tartesos* descritos por fuentes exógenas y el último sería la comunidad cívica que nos revela una serie de nombres cívicos como gaditanos, asidonenses, sexitanos, tagilitanos... (Ferrer y Álvarez, 2009: 218).

Como he afirmado, la identidad cívica se muestra como la realidad más evidente. Según los autores, la identidad cívica queda documentada a través de tres tipos de contextos: las necrópolis, el lugar de culto y las monedas (Ferrer y Álvarez, 2009: 219).

Las necrópolis, para los autores, por su complejidad (sobre todo en el caso de *Gadir*) muestran un aparente privilegio de los ciudadanos de ser enterrados en ellas, situación de la que no gozarían otro tipo de individuos como extranjeros, esclavos, desfavorecidos, etc. (Ferrer y Álvarez, 2009: 220).

Los lugares de culto quedan constatados mediante las fuentes clásicas, donde destaca el santuario de Hércules-Melqart que aparece mencionado varias veces en las fuentes clásicas. Además, en la misma ciudad, hay menciones a otros templos como uno dedicado a Astarté y otro a Baal Hammón (Ferrer y Álvarez, 2009: 223).

Las monedas constituyen un testimonio importante que muestra la relación de la ciudad con el culto a las divinidades. Así lo reflejan las acuñaciones monetales de *Gadir*, que acuña con dos tipos invariables: en el anverso la efigie de Melqart y en el reverso atunes, que refuerza esa iconografía identitaria respecto a la divinidad³⁷ (Ferrer y Álvarez, 2009: 226). También son interesantes las leyendas monetales en alfabeto púnico o neopúnico, tanto en fundaciones fenicias costeras como *Gadir*, *Seks* o *Abdera* como de otras cecas situadas en torno al llamado *lacus Ligustinus* (desembocadura del río Guadalquivir) como la de *Olintigi*, en valle del Almanzora, como *Tagilit* o bien *'lbt'* en Abla, Almería (Ferrer y Álvarez, 2009: 225). Un último ejemplo que merece comentario es *Carteia* una ciudad de origen fenicio, en la que en 171 a.C. se funda la *colonia latina libertinorum*, donde según Livio, fueron establecidos hijos de soldados y mujeres indígenas. Esta ciudad es, para los autores, un ejemplo de adaptación a los diferentes contextos históricos ya que podemos apreciar en ella lengua y tipos plenamente romanos (Ferrer y Álvarez, 2009: 227).

Como conclusión Ferrer (2013:675) señala que es, durante el proceso de integración de estas comunidades a Roma, cuando los mecanismos identitarios basados en una preocupación por el pasado remoto se activan. En especial, el caso de la Gades romana, que como hemos visto, trata de reafirmarse como la colonia de fundación tiria más antigua de la zona, estableciendo su fecha fundacional 80 años después de la Guerra de Troya, en el 1104 a.C..

³⁷ La pesca del atún era muy importante en la economía de *Gadir*. Su relación con Melqart viene a través de la creencia de que estos atunes eran procurados por este dios mediante su fácil avistamiento desde las atalayas costeras (Mederos, 2007: 173).

2. Celtíberos y Celtiberia.

La cuestión de los celtíberos y de la Celtiberia es interesante dentro del estudio de las identidades en las sociedades indígenas. Estos términos se caracterizan principalmente por ser acuñados desde una perspectiva externa por autores clásicos para designar a un conjunto de etnias (Belos, Titos, Arévacos, Lusones...) que ofrecieron una resistencia a Roma. Aunque lo significativo de la cuestión es cómo este concepto tras la conquista romana es interiorizado por parte de estas mismas gentes.

- Etimología y origen.

Como hemos afirmado antes, la Celtiberia es un nombre de carácter exógeno de proveniencia indudablemente griega. El término “celtíberos” aparece en las fuentes clásicas en sus formas griega (Κελτίβηρες) y latina (*Celtiberi*).

Su etimología tradicionalmente se había asociado a una explicación genética en relación a una mezcla de iberos y celtas tal y como lo habían sostenido los autores clásicos³⁸ (Pelegrín, 2005: 118). El término se descompone a partir del etnónimo “Keltói” y el topónimo “Iberia”, es decir, los “Celtas de Iberia” como sucede en otros casos como “celtoligures” o “celtoescitas” (Pelegrín, 2005: 188).

El origen del término es discutible. Dentro de esta cuestión se ha considerado como aceptable la teoría de Pelegrín (2005). Este autor ha partido de las ideas de D’Arbois de Juvainville, escritas en la transición del siglo XIX al XX, para afirmar que “Celtiberia” es una creación del historiador romano Fabio Píctor en el siglo III a.C. dentro del contexto de las Guerra Púnicas, hecho que supuso el primer momento de interacción de estos pueblos con el mundo grecorromano. Más tarde a través de Polibio el término se generalizaría.

- Los celtíberos en el contexto de la “Guerra del Fuego”.

El término “celtíberos” cumple la función de designar un conjunto de etnias (Belos, Titos, Arévacos, Lusones...) que mostraron resistencia a Roma. Esta situación se aprecia en el

³⁸ Esta concepción mixta la encontramos en varios autores clásicos. Diodoro los cita como el resultado entre matrimonios de celtas e iberos, Apiano como una migración de celtas en el territorio de los iberos y Marcial mediante el pasaje: “Nosotros nacidos de Celtas e Iberos” parece aludir mediante la descomposición del término a la misma idea de concepción mixta (Beltrán, 2004a: 106).

episodio denominado por Polibio como la “Guerra del Fuego” y conocido por las Guerras Celtibéricas, acaecidas a finales del siglo III a.C. y a lo largo del siglo II a.C.³⁹.

El hecho de que el etnónimo celtíberos designe un conjunto de etnias ha llamado la atención a investigadores como Beltrán (2004a) y Ciprés (2013) que han tratado de buscar los motivos por los cuales los autores clásicos se valieron para englobarlos.

Las fuentes clásicas reflejan el papel que tuvieron estas etnias frente a Roma. Beltrán (2004: 103) analiza los diferentes comportamientos que tuvieron estas etnias dentro de éste contexto. Los Arévacos situados en la parte occidental (coincidente con la cabecera del Duero) se mostrarían con una postura belicosa hacia Roma mientras que Belos y Titos, en la parte oriental (cuencas del Jalón y el Huerva), a pesar de haber iniciado la guerra con el episodio de la ciudad de Segeda, tienen una postura más ambigua como consecuencia de los tratados firmados con Roma en tiempos de Tiberio Sempronio Graco hacia el 179 a.C. Así se refleja en el pasaje de Polibio (PLB. XXXV, 2) acerca de la embajada celtibérica enviada a Roma en el 152 a.C. donde fueron diferenciados por etnias: los Arévacos, como enemigos de Roma debieron de esperar fuera del *pomerium* mientras que Titos y Belos fueron alojados en la ciudad en condición de aliados.

Ciprés (2013: 268-269) señala una cuestión interesante referida a las etnias: la condición de *socii* y *consanguinei* que Floro atribuye a segedenses y numantinos. A esta cuestión, Ciprés afirma que es difícil establecer qué grado de cohesión tenían estas poblaciones y más aún en un contexto. El término *socii* hace relación a la creación de una alianza militar que implica el derecho de auxilio (ayuda a los segedenses) y la formación de un ejército que luche contra Roma. El término *consanguinei* presenta la dificultad de saber si fue escrito como recurso literario o como garante de una realidad indígena. En el caso de que fuera lo segundo estaríamos hablando del establecimiento de una relación de parentesco basada en el ancestro común, esto es, el reconocimiento de una conciencia étnica que les uniese. A pesar de ello hubo situaciones que no reflejan bien estas dos cuestiones ya que como hemos visto en el anterior párrafo, estas etnias habían manifestado diferentes actitudes en relación a los acontecimientos que se fueron dando a lo largo del conflicto, como es el caso de dicha embajada del 152 a.C..

³⁹ Ciprés señala la introducción del término “celtíberos” a partir de la asociación barbarie-civilización manifestada en la ecúmene del helenismo. Así lo manifiesta Estrabón calificándolos como “los más fieros de todos” opuesto claro de civilización, además de relacionado con el papel que las fuentes clásicas les han dado de resistentes a Roma (Ciprés, 2013: 256-257).

Por otro lado, el mismo Beltrán (2004a: 110-112), buscando los criterios por los cuales los autores clásicos han caracterizado a este conjunto etnias bajo una sola, ha llegado a la conclusión de que es difícil establecer un parámetro sólido que diferencie a celtíberos y gentes del área Hispano-Céltica como Berones, Vacceos etc.. Por ello, Beltrán propone dos opciones, que existiese una afinidad posible entre estas etnias sin determinar o bien, como había propuesto Untermann⁴⁰, que la actuación conjunta de estas etnias contra Roma se haya hecho tan visible que los autores clásicos los agruparon bajo un mismo termino. La última opción es para el autor la más verosímil.

En definitiva, Beltrán (2004a: 112-113) considera que no hay que descartar la posibilidad de que el término “celtíbero” haga referencia a una realidad plausible entre los individuos de estas comunidades que habían sido designados así. Sobre todo en relación al primer elemento que compone el término (“Keltói”), ya que contamos con ejemplos de que los galos se denominaban a sí mismos de esta forma y que por tanto podría aplicarse también a los pueblos hispanos denominados como *Celtici*. Si el caso se pudiese dar de esta manera, aludiría a una afinidad cultural más a que a una solidaridad étnica.

- La reelaboración de la Celtiberia.

Un hecho sorprendente sobre el que ha llamado la atención Beltrán (2004a: 132-134) es la interiorización, en época del Principado, de los términos celtíbero y Celtiberia por parte de estas mismas gentes.

Al respecto de la cuestión existen una serie de indicios que sostienen esta idea. Un primer indicio hace referencia a la denominación de la Celtiberia como un espacio dentro de las fuentes clásicas⁴¹ y que era más o menos coincidente con el de época republicana. Otro indicio se aprecia en las unidades auxiliares, allí encontramos la *cohors I Celtiberorum* cuya situación geográfica es difícil de precisar. En el terreno de la onomástica, se encuentran indicios de que la población local se identificaba con este término mediante la designación como nombre personal de *Celtiber*, -a en inscripciones procedentes de zonas periféricas de lo que se ha considerado la Celtiberia. El ejemplo más relevante son las inscripciones del siglo II d.C. en relación al municipio flavio de Aeso (Isona, Lleida) que se identifican miembros de una misma familia, probablemente originaria de la Celtiberia, ya que se encuentran, en dos de

⁴⁰ La obra es Untermann, J. (1984), “Los celtíberos y sus vecinos occidentales”, *Lletres Asturianes*, 13, págs. 6-26 (citado en Beltrán, 2004a: 112).

⁴¹ Todos los geógrafos de época imperial coinciden en este aspecto, aunque para el caso de Ptolomeo se aprecia una Celtiberia más limitada reservada para los celtíberos más orientales mientras que para los celtíberos más occidentales aparece la denominación étnica de Arévacos (Beltrán, 2004a: 132)

ellos, alusiones a su procedencia: Marco Licinio Celtíbero, hijo de Lucio, de la tribu Quirina y su hija Licina Numantina.

Por último, como ya había comentado para el caso de la noción de Hispania, el pasaje de Marco Valerio Marcial, “*Nos Celtis genitos et ex Hiberis*” (“Nosotros nacidos de Iberos y Celtas”), es el único testimonio que hace referencia a la condición de celtíbero. Beltrán (2004a: 134) considera que esta identidad celtibérica no se fundamenta en una aceptación a unas tradiciones culturales vernáculas, más bien hace referencia a un sentimiento local hacia su ciudad natal, Bilbilis acorde con la filiación ya comentada de las dos patrias de Cicerón, en donde la romanidad de Marcial vendría a concretarse en la ciudad de Bilbilis y en Roma.

CONCLUSIONES

En este trabajo he reflejado la aparición, desarrollo y estructuración de la “identidad” destacando sobre todo los aspectos relacionados con las perspectivas del esencialismo y constructivismo. He mostrado como estas dos perspectivas han caracterizado el estudio de las identidades tanto en las Ciencias Humanas, como en el mundo antiguo y en la Hispania Antigua.

La perspectiva esencialista ha atribuido a la identidad un carácter de inmovilidad, homogeneización y de un origen y experiencia universalmente compartido. A través de autores como Hobsbawm (1998, 2002) y Anderson (1993) se ha demostrado cómo los nacionalismos, en relación con esta perspectiva, han tratado de establecer unas características fijas de las identidades para establecer modelos que sustenten la idea de nación. En oposición al esencialismo, la perspectiva constructivista ha considerado las identidades como construcciones sociales, múltiples, cambiantes o fluidas, discursivas, relacionales, percibidas de manera subjetiva... Esta caracterización ha sido elaborada por los Estudios Culturales que a través de autores como Hall (2003), Grossberg (2003) o Restrepo (2007) han destacado el estudio de la identidad para reubicar el concepto en un marco teórico relacionado con los fenómenos surgidos en la segunda mitad del siglo XX como la postcolonización, el mestizaje, la globalización, etc.. Por otro lado, se ha reflejado, al margen de estas dos perspectivas, la crítica de la identidad sostenida principalmente por Brubaker y Cooper (2005) que han negado la identidad como concepto teórico, poniendo en su lugar otros términos menos cargados teóricamente.

Dentro de la cuestión del mundo antiguo, los estudios sobre la etnicidad se encuentran en constante debate. En el caso de la Antigua Grecia, son destacables las tesis instrumentalistas sostenidas por autores como Hall (1997) y Cardete (2004, 2010) que han caracterizado la identidad étnica como construcciones sociales, percibidas subjetivamente, dependientes de una sociedad concreta en un momento concreto y sustentadas por dos criterios: el territorio y la común ascendencia.

En relación a Hispania Antigua he presentado diversos ejemplos de cómo se han tratado las identidades a partir de la creación de tópicos que ensalzasen elementos tales como la heroicidad y el patriotismo y que sustentaban una identidad nacional española. Como se ha visto más adelante, a partir de los ochenta y sobre todo en los noventa y la década del dos mil,

se han elaborado nuevos enfoques en el estudio de las identidades desde un punto de vista constructivista, que han criticado esta visión tradicional en busca de nuevos planteamientos.

En este trabajo he presentado el estudio de las identidades en la Hispania Antigua en dos ámbitos: las sociedades indígenas y Roma. En el primer caso la carencia de un discurso intrínseco que permita conocer cuáles son los elementos por los que esta comunidad se define en un momento dado, ha conducido a autores como Beltrán (2004a), a plantear otros marcos referenciales que puedan ofrecer una aproximación a estas identidades, como la ciudad que se presenta como un marco social y político muy presente y la etnia, que se muestra como un marco social más limitado. Un caso distinto sucede con Roma donde apreciamos un conocimiento de un medio discursivo intrínseco que permite articular diversos marcos de referencia. De esta forma las identidades romanas son destacables por su componente cívico y por su capacidad de reelaborarse dependiendo de los contextos, como hemos visto para el caso del pasaje de Cicerón y las dos patrias. A este referente cívico, se añadirán otros como el propio emperador, la provincia o la noción de Hispania.

Por último, los ejemplos de los “fenicios occidentales” y los celtíberos han mostrado tanto la crítica y deconstrucción de las opiniones tradicionales como un cambio de enfoque en su planteamiento. De esta manera como hemos visto para el caso de los fenicios, los autores Álvarez y Ferrer (2009) han buscado, a través de las fuentes, nuevos referentes que puedan aproximarse a la idea que esta comunidad tenía sobre sí misma, y en la cuestión de los celtíberos Beltrán (2004a) y Ciprés (2013) han tratado de encontrar una explicación del porqué los autores clásicos habían designado a ese conjunto de etnias bajo este término.

Para finalizar, podemos decir que, hoy en día, se siguen tratando de reelaborar concepciones identitarias (a partir del discurso) para legitimar políticas nacionalistas, ofreciendo, de este modo, una interpretación errónea de una comunidad, una historia o un origen. En conclusión, invito a reflexionar sobre este fragmento de George Orwell⁴² que habla sobre la utilización del lenguaje para la consecución de un fin político: “Lo peor que uno puede hacer con las palabras es rendirse a ellas [...]. Si la lengua ha de ser “un instrumento para expresar y no para encubrir u ofuscar el pensamiento [...] uno debe dejar que el significado elija la palabra y no viceversa”.

⁴² La obra es Orwell, G., (1953), “Politics and the English language”, A collection of essays, Nueva York, Harcourt Brace, págs 69-170 (citado en Brubaker y Cooper 2005: 178).

BIBLIOGRAFIA.

Álvarez, M. y Ferrer, E. (2009), “Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial.” En Wulff, F. y Álvarez, M. (Eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Universidad de Sevilla, Historia y Geografía, nº 153, págs. 165-295.

Anderson, B. (1993), *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de cultura económica, México.

Andreu, J. (2008), “Sentimiento y orgullo cívico en *Hispania*: en torno a las menciones de origo en la *Hispania Citerior*”, *Gerión*, 26, nº 1, págs. 349-378.

Balakrishnan, Gopal (2002). “La era de la identidad”. En: *New Left Review*, nº 16, Akal, Madrid, págs. 122-133.

Bauman, Z. (2003), “De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad”. En Hall, S. y du Gay, P. (Eds.), *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires-Madrid, págs. 40-69.

Bellón, J. P. y García Fernández, F. J. (2009), “Pueblos, culturas e identidades étnicas en la investigación protohistórica de Andalucía, I: de la Restauración a la Guerra Civil”. En Wulff, F. y Álvarez, M. (Eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Universidad de Sevilla, Historia y Geografía, nº 153, págs. 11-51.

Beltrán F. (2002), “Identidad cívica y adhesión al príncipe en las monedas municipales hispanas.” En Marco, F. *et alii* (Eds.), *Religión y propaganda política en el mundo romano*, Universitat de Barcelona, págs. 159-187.

Beltrán, F., (2004a), “*Nos celtis genitos et ex hiberis*. Apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia.” En Cruz Andreotti, G. y Mora, B. (Eds.), “*Identidades étnicas-Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*”, Málaga, págs. 87-145.

Beltrán, F., (2004b), “Imagen y escritura en la moneda Hispana”. En Chaves, F. y García Fernández, F. J. (Eds.), “*Moneta qua scripta*”. *La moneda como soporte de escritura: actas del III Encuentro Peninsular de Numismática Antigua febrero-marzo 2003*, págs. 125-140.

Beltrán, F., (2004c), “De nuevo sobre la tésera Froehner”, *Paleohispánica*, 4, págs. 45-65.

Beltrán, F. (2011), “...“Et sola omnium provinciarum vires suas postquam victa est intellexit” Una aproximación a Hispania como referente identitario en el mundo romano”. En Caballos, A. y Lefebvre, S. (Eds.), *Roma generadora de Identidades: la experiencia Hispánica*, Casa de Velázquez, Universidad de Sevilla, Madrid, págs. 55-77.

Beltrán, F. (2013), “Plinio *versus* Ptolomeo. Geografía y etnicidad en la Hispania del Principado.” En Santos, J. y Cruz Andreotti, G. (Eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, Universidad del País Vasco, págs. 477-499.

Brubaker, R. y Cooper, F. (2005), “Más allá de la identidad”. En Wacquant, L. (Ed.) *Repensar los Estados Unidos: para una sociología del hiperpoder*, Antropos, Barcelona, págs. 178-208

Burillo, F. (1998), *Los celtíberos. Etnias y estados*, Critica, Barcelona.

Caballos, A. (2011), “La Bética como referente identificador en la documentación epigráfica.” En Caballos, A. y Lefebvre, S. (Eds.), *Roma generadora de Identidades: la experiencia Hispánica*, Casa de Velázquez, Universidad de Sevilla, Madrid, págs. 185-209.

Cardete, M. C., (2004), “*Ethnos* y etnicidad en la Grecia Clásica”. En Cruz Andreotti, G. y Mora, B. (Eds.), “*Identidades étnicas-Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*”, Málaga, págs. 15-29.

Cardete, M. C., (2010), *Paisaje, identidad y religión. Imágenes de la Sicilia antigua*, Bellaterra, Barcelona.

Chihu, A. y López, A. (2007) “La construcción de la identidad colectiva en Alberto Melucci”, *Polis*, vol. 3, nº 1, México, págs. 125-159.

Ciprés, P. (2013). “Pueblos enfrentados a Roma e identidad: El caso de los celtíberos”. En Santos, J. y Cruz Andreotti, G. (Eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, Universidad del País Vasco, págs. 235-281.

Fernández Götz, M. y Ruiz Zapatero, G. (2011), “Hacia una arqueología de la etnicidad”, *Trabajos de prehistoria*, Vol. 68, nº 2, págs. 53-84.

Ferrer, E. y Álvarez, M. (2009), “Comunidad cívica e identidad en la Iberia púnica”. En Wulff, F. y Álvarez, M. (Eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Universidad de Sevilla, Historia y Geografía, nº 153, págs. 205-237.

Ferrer, E. (2013), “El sustrato púnico en las urbes meridionales: persistencias culturales e identidades cívicas”, En Santos, J. y Cruz Andreotti, G. (Eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, Universidad del País Vasco, págs. 665-691.

Ferrer Maestro, J. J. (2011), “Patria, estado y legitimidad religiosa en la teoría política de Cicerón”, *Potestas: Religión, poder y monarquía. Revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica*, nº 4, págs. 5-20.

García Fernández, F. J. y Bellón, J. P. (2009), “Pueblos, culturas e identidades étnicas en la investigación protohistórica de Andalucía, II: de la posguerra al cambio de siglo”, En Wulff, F. y Álvarez, M. (Eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Universidad de Sevilla, Historia y Geografía, nº 153, págs. 75-132.

García Fernández, F. J. y Fernández Götz, M. (2010), “Esencialismo, normativismo, posmodernismo: las interpretaciones sobre la etnicidad en la Arqueología española”, *Gerión*, Vol. 28, nº 2, pág 53-84.

Gleason, P. (1983), “Identifying Identity”, *The Journal of American History*, Vol. 69, nº 4, págs. 910-93.

Grossberg, L. (2003) “Identidad y estudios culturales ¿No hay nada más que eso?”. En Hall, S. y du Gay, P. (Eds.), *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires-Madrid, págs. 148-181.

Hall, J. (1997), *Ethnic identity in Greek Antiquity*, Cambrigde.

Hall, S. (2003), “Introducción: ¿Quién necesita “identidad”?”. En Hall, S. y du Gay, P. (Eds.), *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires-Madrid, págs. 13-40.

Hobsbawm, E. (1998), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona.

Hobsbawm, E. (2000), “La izquierda y la política de la identidad”, *New Left Review*, nº 0, enero, Akal, Madrid, págs. 114-125.

Hobsbawm, E. (2002), *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona.

Martín-Bueno, M., Saénz, C. (2004), “Los programas arquitectónicos de época julio-claudia de Bilbilis”. En Ramallo, S. F. (Ed.), *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente: Actas del Congreso Internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003*, Universidad de Murcia, págs. 257-273.

Mederos, A. (2007), “Los atunes de Gadir”, *Gerión*, Vol. Extra, págs. 173-195

Navarro, F. J. (2011), “El gobierno de la Tarraconense e identidad provincial”. En Caballos, A. y Lefebvre, S. (Eds.), *Roma generadora de Identidades: la experiencia Hispánica*, Casa de Velázquez, Universidad de Sevilla, Madrid, págs. 141-153.

Pelegrín, J. (2005), “Polibio, Fabio Píctor y el origen del etnónimo “celtíberos””, *Gerión*, 23, nº. 1, págs. 115-136.

Pina, F. (2003), “¿Por qué fue reclutada la *turma Salluitana* en Salduie?”, *Gerión*, 21, nº1, págs. 197-204.

Restrepo, E. (2007), “Identidades: planteamientos teóricos y sugerencia metodológicas para su estudio.”, *Jangwa Pana*, nº 5, págs. 24-35.

Diccionario de la Real Academia Española (23ª. Ed.). (2001), <http://lema.rae.es/drae/?val=identidad>.

